

BERCEO

revista riojana de
ciencias sociales
y humanidades

167

ier

Instituto de Estudios Riojanos

BERCEO. REVISTA RIOJANA DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES.
Nº 167, 2º Sem., 2014, Logroño (España).
P. 1-256, ISSN: 0210-8550

DIRECTORA:

M^a Ángeles Díez Coronado (Universidad de La Rioja)

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Jean François Botrel (Université de Rennes 2)
Jorge Fernández López (Universidad de La Rioja)
Ignacio Gil-Díez Usandizaga (Universidad de La Rioja)
Aurora Martínez Ezquerro (Universidad de La Rioja)
Ricardo Mora de Frutos (Instituto de Estudios Riojanos)
Enrique Ramalle Gómara (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Rebeca Viguera Ruiz (Universidad de La Rioja)
Penélope Ramírez Benito (Instituto de Estudios Riojanos)

CONSEJO CIENTÍFICO:

Don Paul Abbott (Universidad de California, EE.UU.)
Tomás Albaladejo Mayordomo (Universidad Autónoma de Madrid)
Sergio Andrés Cabello (Universidad de La Rioja)
Julio Aróstegui Sánchez (Universidad Complutense de Madrid)
Begoña Arrúe Ugarte (Universidad de La Rioja)
Eugenio F. Biagini (Universidad de Cambridge, Reino Unido)
Francisco Javier Blasco Pascual (Universidad de Valladolid)
José Antonio Caballero López (Universidad de La Rioja)
José Luis Calvo Palacios (Universidad de Zaragoza)
Juan Carrasco (Universidad Pública de Navarra)
Juan José Carreras (Universidad de Zaragoza)
José Miguel Delgado Idarreta (Universidad de La Rioja)
Jean-Michel Desvois (Universidad de Burdeos, Francia)
Rafael Domingo Oslé (Universidad de Navarra)
Pilar Duarte Garasa (Consejería de Educación, Cultura y Deporte)
Juan Francisco Esteban Lorente (Universidad de Zaragoza)
José Ignacio García Armendáriz (Universidad de Barcelona)
Claudio García Turza (Universidad de La Rioja)
Francisco Javier García Turza (Universidad de La Rioja)
Fernando Gómez Bezares (Universidad de Deusto)
Fernando González Ollé (Universidad de Navarra)
Ignacio Granado Hijelmo (Consejo Consultivo de La Rioja)
Isabel Verónica Jara Hinojosa (Universidad de Chile)
M^a Jesús Lacarra Ducay (Universidad de Zaragoza)
M^a Ángeles Libano Zumalacárregui (Universidad Pública del País Vasco)
Carmen López Sáenz (Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid)
Miguel Ángel Marín López (Universidad de La Rioja)
Manuel Martín Bueno (Universidad de Zaragoza)
Ángel Martín Duque (Universidad de Navarra)
José Gabriel Moya Valgañón (Instituto de Estudios Riojanos)
Miguel Ángel Muro Munilla (Universidad de La Rioja)
M^a Isabel Murillo García-Atance (Archivo Municipal de Logroño)
José Luis Ollero Vallés (Instituto de Estudios Riojanos)
Mónica Orduña Prada (Instituto de Estudios Riojanos)
Germán Orón Moratal (Universidad Jaume I de Castellón)
Miguel Panadero Moya (Universidad de Castilla- La Mancha)
José Paulino Ayuso (Universidad Complutense de Madrid)
Carlos Pérez Arrondo (Universidad de Zaragoza)
José Luis Pérez Pastor (Instituto de Estudios Riojanos)
Micaela Pérez Sáenz (Archivo Histórico Provincial de La Rioja)
Antonio Prieto (Universidad Complutense de Madrid)
Luis Ribot García (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Emilio del Río Sanz (Universidad de La Rioja)
Jesús Rubio (Universidad de Zaragoza)
Santiago U. Sánchez Jiménez (Universidad Autónoma de Madrid)
José Miguel Santacreu (Universidad de Alicante)
Soledad Silva y Verástegui (Universidad del País Vasco)
José Ángel Túa Blesa Lalinde (Universidad de Zaragoza)
Isabel Uría Maqua (Universidad de Oviedo)
José Francisco Val Álvaro (Universidad de Zaragoza)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Instituto de Estudios Riojanos
C/ Portales, 2
26071 Logroño
Tel.: 941 291 187 . Fax: 941 291 910
E-mail: publicaciones.ier@larioja.org
Web: www.larioja.org/ier
Suscripción anual España (2 números): 15 €
Suscripción anual extranjero (2 números): 20 €
Número suelto: 9 €

INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BERCEO

REVISTA RIOJANA DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES

Núm. 167

PAISAJE Y PAISAJES DE LA RIOJA

Coordinador

Jorge Alacid López



Gobierno de La Rioja
Instituto de Estudios Riojanos
LOGROÑO
2014

Paisaje y paisajes de La Rioja / coordinado por Jorge Alacid López. –Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2014.-X p. 256: il. ; 24 cm.

Número monográfico de: *Berceo*: revista riojana de ciencias sociales y humanidades, ISSN 0210-8550. -- N. 167 (2º sem. 2014)

1. La Rioja - Descripción. I. Alacid López, Jorge. III. Instituto de Estudios Riojanos 913 (460.21)

La revista *Berceo*, editada por el Instituto de Estudios Riojanos, publica estudios científicos de las Áreas de Ciencias Sociales, Filología, Historia y Patrimonio Regional con el objetivo de aportar conocimiento relevante para la investigación y el desarrollo cultural de La Rioja. Estos trabajos van dirigidos a la comunidad científica, así como a otras personas interesadas en estas materias, de los ámbitos regional, nacional e internacional.

Berceo se encuentra en las siguientes bases de datos bibliográficas, directorios y repositorios: APH (L'Année Philologique); CARDHUS PLUS (Sistema de clasificación de revistas científicas de los ámbitos de las Ciencias Sociales y Humanidades); DIALNET (Portal de difusión de la producción científica hispana); ERIH (European Science Foundation History); ISOC (Ciencias Sociales y Humanidades, CSIC); LATINDEX (Sistema regional de información en línea para revistas científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal); MIAR (Matriu d'informació per a l'avaluació de revistes); MLA (Modern Language Association database); PIO (Periodical Index Online); REGESTA IMPERII (Base de datos internacional del ámbito de la historia); ULRICH'S (International periodical directory).

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

© Copyright 2014
Instituto de Estudios Riojanos
C/ Portales, 2. 26001-Logroño
www.larioja.org/ier

© Imagen de cubierta: J. Laurent. Túnel de las Conchas. 1865. Copia positiva de época. Papel albuminado. 25x 34 cm. Ciudad Real. Colección particular.

Diseño de cubierta e interior: ICE Comunicación
Producción gráfica: www.mastres.com (Logroño)

ISSN 0210-8550
Depósito Legal LO-4-1958

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

JORGE ALACID Memoria y territorio	7
TEODORO LASANTA MARTÍNEZ, PURIFICACIÓN RUIZ-FLAÑO Los paisajes del viñedo del Rioja: tradición y renovación <i>Landscapes of rioja vineyards: tradition and renewal</i>	13
LUIS VICENTE ELÍAS PASTOR El paisaje del viñedo en La Rioja. Cruce de miradas <i>The landscape of vineyards in La Rioja. Crossing of glances</i>	39
MARTA PALACIOS GARCÍA Los barrios de bodegas tradicionales de La Rioja <i>The traditional wine cellar districts in La Rioja</i>	61
FÉLIX DEL VALLE GASTAMINZA Notas sobre el paisaje fotográfico de La Rioja (1860-1936) <i>Notes on the photographic landscape of La Rioja (1860-1936)</i>	89
CARLOS LÓPEZ DE CALLE, JUAN MANUEL TUDANCA Contemplando Cameros desde la arqueología: actitudes y planteamientos metodológicos en la interpretación del paisaje <i>A gaze upon Cameros through the lens of archaeology: research attitudes and methodological approaches for interpreting landscapes</i>	121
JOSÉ LUIS PÉREZ PASTOR Paisaje y poesía en La Rioja: un recorrido <i>Landscape and poetry in La Rioja: a walkaround</i>	177
FRANCISCO PÁEZ DE LA CADENA Del paraíso terrenal al parque público del siglo XXI. Una aproximación a la idea de jardín <i>From earthly paradise to 21st century public park An approach to the concept of garden</i>	209
IGNACIO GIL-DÍEZ USANDIZAGA Educación y paisaje en La Rioja. <i>Education and landscape in La Rioja</i>	239

CONTEMPLANDO CAMEROS DESDE LA ARQUEOLOGÍA: ACTITUDES Y PLANTEAMIENTOS METODOLÓGICOS EN LA INTERPRETACIÓN DEL PAISAJE

CARLOS LÓPEZ DE CALLE*
JUAN MANUEL TUDANCA**

A la memoria de Luis Ortigosa, gran amigo, maestro de paisajes.

RESUMEN

Este trabajo intenta abrir espacios de reflexión sobre el concepto de paisaje usado por la arqueología. Su escasa competencia instrumental es consecuencia de un uso contradictorio. El paisaje en arqueología cobija objetos de estudio muy diferentes entre sí, desconectados de las evocaciones que provoca el término en las sociedades occidentales contemporáneas. Una particular genealogía del paisaje permitirá asomarse a contextos históricos que han conocido actitudes diametralmente opuestas en relación con el entorno, el concepto de belleza y la naturaleza.

Se encontrará también una visión del paisaje reciente de Cameros. Las claves de su conocimiento son apropiadas para forjar una actitud adecuada en el estudio de los paisajes previos desde la arqueología.

Cierra el artículo un planteamiento metodológico que propone un catálogo de herramientas ajustadas a la captura de información paleoecológica y que ejemplifica en Cameros tres tiempos paisajísticamente muy distintos: Paleolítico, Neolítico y Alto Medievo.

Palabras clave: Paisaje, La Rioja, Cameros, Paleopaisaje, Arqueobiología, Geoarqueología

This paper attempts to provide a space for reflecting on the concept of landscape used in archaeology. Its limited instrumental capacity is the consequence of the contradictory use of the term. Landscape in archaeology involves extremely dissimilar objects of study which are unconnected from the ideas the term evokes in contemporary Western societies. The particular genealogy of a landscape allows looking at different historical contexts, each characterized by diametrically opposed attitudes in relation to the environment, the concept of beauty, and nature.

* Investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos. e-mail: 00clcc@gmail.com

** Investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos. e-mail: jmtudanca@gmail.

The paper includes a view of the recent landscapes of Cameros showing that knowledge on their past history is key for approaching the study of past landscapes from archaeology.

Through three different examples of landscapes from Cameros, one from the Palaeolithic, one from the Neolithic, and one from the Middle Ages, the paper concludes with a methodological approach including a series of tools aimed at retrieving palaeoecological information.

Keywords: Landscape, La Rioja, Cameros, Past landscapes, Archaeobiology, Geoarchaeology

1. INTRODUCCIÓN

Escribir sobre el paisaje de los Cameros desde la arqueología es enfrentarse al vértigo que produce la casi absoluta nada. Si la sierra de Cameros, pese a su enorme potencial y lo temprano de aquellas excavaciones pioneras de Edouard Lartet y de Ismael del Pan entre mediados del siglo XIX y principios del XX, nunca ha sido demasiado favorecida por la continuidad que solicitan los trabajos arqueológicos, las cuestiones relativas al paisaje camerano analizado desde la perspectiva arqueológica se encuentran prácticamente inéditas.

El marcado carácter ensayístico de las páginas que siguen procede no tanto de lo poco que a día de hoy puede decirse sobre lo que fueron los paisajes cameranos en épocas pretéritas, como de las peculiaridades que debe encarar cualquier trabajo que centre su interés con esta perspectiva y en esta zona. La primera parte del artículo se ocupa del concepto de paisaje partiendo de su uso en arqueología. Desde corrientes teóricas que defienden posturas epistemológicas irreconciliables (o quizá no tanto), la arqueología en conjunto está hoy en día muy abierta a prestar atención al componente espacial de las sociedades que estudia. El enfrentamiento teórico no es una excepción imputable a la legendaria impericia de los arqueólogos para entenderse, sino que se repite de forma muy patente también en otros saberes. Tiene la rara característica el paisaje de yuxtaponer versiones, interpretaciones y relatos inconciliables. Se propone en el texto que tal circunstancia está ligada a su juventud como noción y herramienta, al difuso contexto artístico que dio lugar a la palabra y al creciente interés que concita en la actualidad el paisaje desde círculos humanísticos, científicos y administrativos como producto de una preocupación social, aguda y muy ostensible, pero de escaso calado reflexivo. Por ello hemos creído oportuno intentar analizar el papel que cumplen el paisaje y la naturaleza en el mundo occidental, valorar las necesidades que han forzado a esta sociedad,

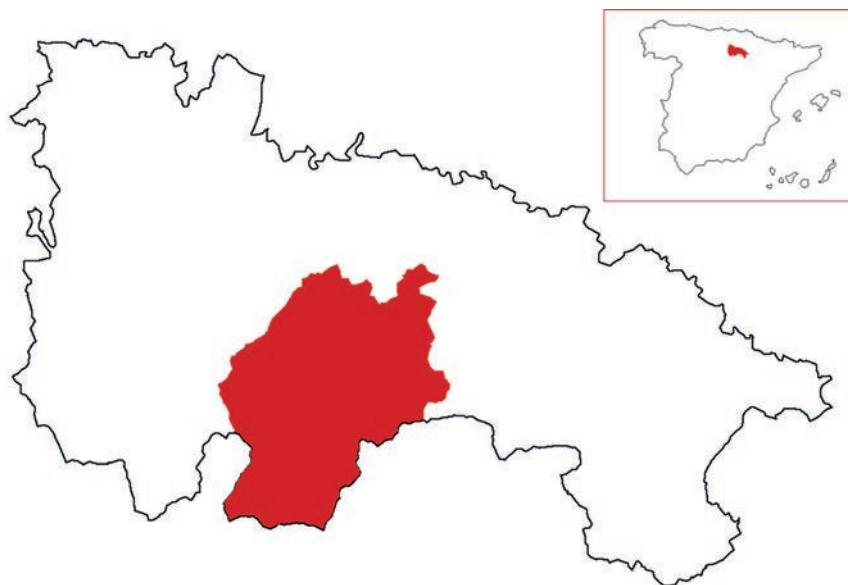


Figura 1. Mapa de localización de los valles altos de Iregua y Leza.

marcada por la experiencia de la ciudad, a dirigir una mirada interesada, intensa y curiosa hacia esa región del espacio que hace no demasiado tiempo tenía un atractivo mucho menor y que, en culturas que han modelado una buena parte de nuestra manera de ocupar el mundo, era considerado un ámbito ajeno y hostil.

La segunda parte se dedica a la sierra de Cameros (Figura 1), el muy reciente “locus amoenus” de los riojanos, un lugar muy apropiado para que los arqueólogos tomemos nota de la doctrina que imparten tanto la evolución reciente de los paisajes como la incidencia de la dinámica natural en espacios tan intensamente antropizados. Los paisajes cameranos están marcados -menos en el terreno y más en lo que denominaremos el inconsciente colectivo investigador- por los engañosos brillos y los tópicos asociados a la implantación de un sistema económico, considerado casi como el estado natural de la sierra, que giraba en el Antiguo Régimen en torno a la ganadería trashumante y el Honrado Concejo de la Mesta. Alrededor de esa compleja realidad, tan excepcional desde todos los puntos de vista, se ha construido una de las marcas identitarias, acaso la principal, de un territorio que, sin embargo, tiene una compleja y larga trayectoria paisajística. Otras formas de ocupar el espacio y otros paisajes merecen atención. Cameros contiene información de culturas y de prioridades en el manejo del espacio poco afines a la explotación a gran escala de la ganadería trashumante que, mirada con una amplitud del todo necesaria para la arqueología, es casi una anécdota histórica.

El artículo termina con un apartado que propone tres escenarios correspondientes a tiempos históricos muy diferentes (Paleolítico, Neolítico y Alto Medioevo). Nos sirven como ejemplo para proponer lo que, entendemos, debería ser una estrategia de acercamiento a las realidades paisajísticas del pasado en la sierra. Nuestro planteamiento incluye aspectos técnicos y metodológicos y una consideración en cada caso de las principales coordenadas socio-históricas a las que, desde una perspectiva apriorística, se ajustan sus comportamiento espaciales.

En este trabajo se encontrarán reflexiones heterogéneas -y quizá un punto obsesivas- nacidas tanto de trabajos previos desarrollados en Cameros como del interés de quienes este trabajo firman en la metodología que es necesario aplicar a paisajes de otras áreas.

2. CONTEXTO CONCEPTUAL DEL PAISAJE. EL PAISAJE Y LA ARQUEOLOGÍA

2.1. El roto y el descosido o el paisaje en la arqueología

El paisaje ocupa en arqueología, desde hace tres o cuatro décadas, el mismo centro de una disputa muy densa -y, créanos el lector, muy, muy aburrida por reiterada-, que toca a la consideración de la arqueología como ciencia, disciplina, saber, conocimiento o técnica. El término 'landscape' (mucho más que nuestro "paisaje") ha dibujado desde los años ochenta del siglo pasado el cuadrilátero en el que se han enfrentado dos maneras dominantes¹ de entender la teoría arqueológica, procesualismo y postprocesualismo, que a día de hoy siguen enzarzadas en un duro debate que no tiene visos de terminar pronto, aunque el tono general de la discusión haya bajado unos cuantos decibelios en los últimos tiempos, quizá por aburrimiento. No parece buen síntoma que, en este mundo fugaz y de renovación vertiginosa, la gresca teórica parezca una interminable guerra de trincheras, una especie de eterna batalla de Verdún² en la que nadie cede un palmo de terreno mientras se van acumulando las bajas. Y si hubo que admitir que aquellos nuevos arqueólogos procesuales se hicieron ya viejos, no es menos cierto que la posmodernidad postprocesual de aires renovadores peina canas, ¡ay!, hace ya bastantes años. De esta manera, la controversia va

1. El debate, iniciado en el ámbito anglosajón, ha tenido mucho menor eco en países europeos como Francia o Alemania y algo más en nuestro país (GONZÁLEZ-RUIBAL 2012).

2. Curiosamente, la práctica cotidiana de la arqueología sigue una inercia silenciosa (o directamente inconsciente), mayoritariamente "descriptivista e histórico-cultural" en España y otros países europeos (GONZÁLEZ-RUIBAL 2012) y se inserta, en la influyente arqueología estadounidense, en lo que Hegmon (2003) denomina 'procesual-plus'. Intentos de superar la situación como los de la 'Symmetrical Archaeology', probablemente se encuentran todavía en una fase necesitada de un cierto remanso (GONZÁLEZ-RUIBAL 2007), aunque su presencia se hace notar en numerosos foros. Eminentes postprocesualistas como Michael Shanks y Christopher Tilley, son ahora abanderados de esta nueva "actitud" hacia la "arqueología de las cosas" que también parece haber recibido la atención del mismísimo Colin Renfrew, la figura procesualista más destacada en el ámbito europeo.

adquiriendo el familiar aspecto de la perenne discusión de un viejo matrimonio cascarrabias, no sólo duro de oído sino poco inclinado a escuchar:

Los procesuales afirman la autonomía de la arqueología y buscan la mejora de sus procedimientos, a la vez que limitan el potencial de transformación social de la disciplina. Los posprocesuales asumen el giro lingüístico, la incidencia de condicionantes socio-políticos externos y encarnan roles cercanos a la representación política e identitaria, topando finalmente con el límite último del relativismo posmoderno en ciencias: ¿cómo evaluar y demarcar la verdad? (Alonso 2012).

Quizá debido a este enfrentamiento, la producción escrita dedicada al paisaje parece sentirse obligada a iniciar casi cada artículo con larguísimas y muy elaboradas peroratas que reiteran una y otra vez los mismos o parecidos argumentos, síntoma elocuente de las dificultades que enfrentan desde la teoría los estudios arqueológicos del paisaje. Pese a ello, suponen los artículos paisajeros un considerable porcentaje de la producción publicada cada año. El término circula con fluidez por las arterias editoriales de la arqueología, de manera que “paisaje” sirve lo mismo para un roto fenomenológico posmoderno (Tilley 2008) como para un descosido positivista e instrumental que muestra -probablemente sin ningún rubor- la tecnología digital como argumento epistemológico (Verhagen 2012) o que expresa la nostalgia que produce recordar que, hace no demasiados años, desgastar botas era la forma saludable de practicar arqueología (Fleming 2012)³.

3. En términos generales, la controversia es un reflejo de la disputa entre modernidad y postmodernidad, un debate que desborda las fronteras de la arqueología y que, en último término y por lo que a la epistemología se refiere, remite al ambiente en el que se sumió la filosofía de la ciencia tras los revolucionarios avances de la física teórica y empírica desde que dio comienzo el siglo XX. No tanto la teoría de la relatividad -que implica un nuevo modelo de cosmos-, como la mecánica cuántica -que afecta a una concepción de la materia contraria a la intuición humana del mundo- llevó a la necesidad de revisar de arriba abajo los elementos constitutivos de la realidad. En primer lugar desde la física, pero muy pronto desde la filosofía: Bohr, Heisenberg y el propio Einstein fueron inmediatamente conscientes de las implicaciones filosóficas de la teoría cuántica. De hecho, de ahí nace la larga controversia que mantuvieron Bohr y Einstein, conocida como el “debate Bohr-Einstein”. Desde los laboratorios experimentales de los físicos, la onda expansiva de esa duda esencial sobre los componentes de la realidad ha ido llegando a todos y cada uno de los rincones donde se evalúa y cuece el conocimiento científico a través de los escritos de una fértil hornada de filósofos de la ciencia como Thomas Khun, Karl Popper, Paul Feyerabend o Hilary Putman.

Pese al desafío que suponen sus elaboraciones teóricas para nuestras capacidades sensitivas, la mecánica cuántica viene avalada por su alta capacidad predictiva desde el punto de vista experimental y, digámoslo todo, por el montón de miles de millones de dólares que mueven cada año las aplicaciones tecnológicas basadas en ella. Desde el punto de vista de la epistemología, introduce un nuevo paradigma -en el preciso sentido que dio Thomas Kuhn al término- que pone en entredicho todos y cada uno de los principios que habían suministrado una explicación de la realidad física hasta entonces: la causalidad, la relación sujeto-objeto, la propia ontología... La realidad se conjuga en física cuántica de una manera desajustada con la experiencia humana del mundo: incertidumbre, probabilidad, simultaneidad de estados, complementariedad... (COVARRUBIAS, OSORIO y CRUZ 2012, HEGMON, 2003, MALDONADO, 2009, POLKINGHORNE 2014, REINOSO 2011).

Una buena parte del procesualismo parece haberse inclinado desde hace mucho por simular que desde hace mucho no ha pasado nada digno de subrayar en el panorama teórico de la arqueología, de manera que lo que hace el arqueólogo procesual es lo que debe hacer un científico dedicado a la arqueología. Esta postura no es incompatible con iniciativas del mayor provecho. A la inercia cientifista del procesualismo se debe en buena medida la tecnificación del estudio del paisaje y la implementación de novedosos instrumentos que proporcionan una información casi desbordada, cada vez más precisa e interesante, con la que la arqueología se nutre y capacita nuevas bases de discusión y crítica. El uso de herramientas desarrolladas en otros ámbitos del conocimiento como los sistemas de información geográfica, el mapeado 3D de la tecnología LIDAR puestos a punto por los ingenieros o la valiosa investigación paleoambiental de geólogos y biólogos, permiten delimitar un extenso y fértil campo de juego en el que se están recogiendo muchos y muy jugosos frutos.

La arqueología postprocesual tuvo la virtud de sumar nuevos campos para la reflexión arqueológica del entorno, repensando los componentes relacionados con lo económico y lo social y proponiendo pensar en profundidad la materialización simbólica de lo social. El espacio postprocesual ya no es una dimensión inanimada en la que circulan los humanos en busca de recursos, sino un paisaje. Así, el paso fundamental del postprocesualismo referido al espacio consiste en haber convertido en objeto de interés arqueológico la percepción que los humanos tuvieron en épocas pasadas de su entorno (Criado y Villoch 1998). En nuestro país es clave la figura de Felipe Criado que, desde el inicio de su amplísima producción bibliográfica, agitó el plácido panorama de una arqueología de hábitos mayormente decimonónicos e introdujo en el discurso arqueológico patrio -casi sin pasar por la antesala del procesualismo, es decir, a pelo y prácticamente sin anestesia-, las cuestiones que se estaban barajando respecto al paisaje en el contexto anglosajón, aportando sus muy particulares interpretaciones sobre el tema. De esta manera, Hodder, Shanks, Tilley, Thomas y un larguísimo elenco de apellidos nada castizos empezaron a ser referencias ineludibles. Sin embargo, fue demasiado habitual durante años encontrar prometedoras proclamas posmodernas que hacían gala de una prodigiosa oquedad cuando se vertían al despiadado molde de las conclusiones. Así que, aprovechando el oportuno paso del mojado río Pisuerga por la urbana ciudad de Valladolid, bajo la sombra de propuestas muy interesantes, arriesgadas y originales, se escondían trabajos absolutamente infumables, con pretensiones de reivindicación política (reconozcamos que debe ser mucho más comprometido arreglar este despiadado mundo capitalista desde el mullido sillón del despacho de la facultad que, por ejemplo, desde los campamentos de refugiados de Mogadiscio), habitualmente escritos en una palabrería encriptada, que exigían depositar la fe, la esperanza y a veces hasta la caridad en objetivos de investigación capturados por una suerte de demencia narrativa encabalgada en la pura imaginación.

Aclaremos que ese postprocesualismo que invita a la profesión arqueológica al perturbador diván psicoanalítico, seguramente fue y es en muchos ámbitos higiénico y necesario: resulta forzoso cimentar una conciencia muy clarita del púlpito desde el que hablamos los arqueólogos, saber qué elementos conscientes e inconscientes construyen los discursos que pronunciamos, comprender que no podemos vestirnos de Indiana Jones reduplicados e inmiscuirnos en comunidades que habitan el mundo de maneras muy distintas a la occidental o tener muy presente que una tabla de resultados analíticos no es un objetivo en sí mismo sino un método (μέθοδος, un “camino hacia”) para interpretar lo que tengamos entre manos. Pero no todo puede valer, el voluntarismo no derriba murallas, entre otras razones porque no todo vale en la vida cotidiana ni todo es accesible simplemente porque así lo queramos. La arqueología se ha hecho compleja pero cotidiana, se ha socializado, no debería estar elaborada para élites intelectuales capaces de admitir grandes dosis de especulación relativista. El relativismo es seña de identidad y denominador común del postprocesualismo arqueológico, que, para terminar de arreglar la cosa, está lejos de constituir una corriente homogénea. Una actitud inteligente frente a la imposibilidad de una objetividad absoluta, se resume en una frase cuya autoría se atribuye al economista Robert Solow: “The fact that there is no such thing as perfect antisepsis does not mean that one might as well do brain surgery in a sewer”. Es decir, ocurre que el objetivismo es una aspiración estúpida en su versión radical, pero admite gradaciones. Sin embargo, como aspiración, guía -y sobre todo como coartada para soltar cualquier ocurrencia que transite por estos nuestros cráneos privilegiados, repletos de chisposas neuronas-, el relativismo es absoluto y se configura como un ejercicio “idiota” (Fine, 2007).

La parcelación de sus fundamentos teóricos, que también señala a esa joven arqueología simétrica (González-Ruibal 2007, 2012), es la gran debilidad del postprocesualismo que, inatacable como es cualquier postura de relativismo extremo, y como señala Alonso en la frase antes recogida, debería atender a la evaluación y demarcación de la verdad... o cualquiera que sea el concepto que haga las veces de verdad en un entorno que pide conocimiento y, a ser posible, conocimiento comprensible y asentado en algún grado de certidumbre.

No se entiendan los párrafos anteriores como un envío al guano de cualquier propuesta arqueológica en la que esté incriminada la palabra paisaje. En el camino iniciado por la arqueología procesual, la contestación postprocesual (Beaulieu 2012, Criado 1999) ha ganado para la causa una reflexión arqueológica sobre las querencias sociales que construyeron los paisajes en el pasado (Orejas, Mattingly y Clavel-Lévêque 2009, Orejas, Ruiz del Árbol y López 2002), lo cual no sólo es interesante sino crucial para una arqueología que, digamos, se ha decantado por añadir con el paisaje un elemento clave al contexto de las sociedades que estudia.

2.2. La importancia de las palabras: qué queremos decir los arqueólogos cuando hablamos de paisaje. Aceptando pulpo como animal de compañía

Creyendo con Ludwig Wittgenstein (aunque por razones mucho menos elaboradas y sustanciosas que las del filósofo vienés) que el significado de una palabra o proposición lógica reside en su función (Wittgenstein 2001), pensamos que hay una evidente dislocación entre el uso que de la palabra paisaje hace en general la población contemporánea occidental y la que se construye no ya desde la arqueología, sino desde cada una de sus distintas versiones, que son muchas. Y esos usos son del todo lícitos, claro, pero necesitamos entendernos.

Las palabras son muy importantes porque nos permiten relacionarnos. Y resulta que el vocablo paisaje está cruzado de complicaciones (Anshuetz, Wilshusen y Schieck 2001). Parte de este artículo versa sobre su complicada trayectoria genealógica dentro de la tradición occidental y el uso, a nuestro modo de ver inapropiado, que hace la arqueología de él en muchos casos. Independientemente del objetivo, completamente legítimo, de investigar lo que a uno le venga en gana, asalta la duda permanente de la conveniencia de un término cotidiano que, sin embargo, debe ser explicado pormenorizadamente casi en cada ocasión en que se usa. Porque, aunque resulte paradójico, paisaje habitualmente no significa paisaje en el lenguaje arqueológico. Significa estructuras de poder, agronomía, distribución de recursos, composición vegetal, desplazamientos, climatología, identidad, paleoecología, biotopo, monumentalización...

Al objetivo general de estudiar las múltiples caras del espacio histórico desde la arqueología, no nos acercáramos, si pudiéramos, desde el concepto paisaje aunque, tan instalado como está en la terminología, sería bastante tonto intentar encontrar una voz que lo sustituyera con eficiencia y menor cuota de equívocos. De manera que, un poco frustrados y muy a regañadientes, y como decía el anuncio de aquel juego de mesa, aceptamos pulpo como animal de compañía y entendemos que en arqueología paisaje es el espacio contextual propio de tiempos pretéritos, es decir, propio de los caracteres espaciales apreciables en la relación entre los hombres y el medio en el pasado. Pero sería un concepto que trata de analizar esas coordenadas eliminando los componentes de insalvable individualidad, de percepción estética y de subjetividad extrema que tienen la mirada contemporánea hacia el entorno. Puede que el empeño sea una obstinación sin interés, un detalle carente de importancia, pero pensamos que llamar a las cosas por su nombre tiene su aquel y que, si denominamos paisaje a la percepción del entorno en sus variadas expresiones sociales e históricas, estamos corriendo el riesgo de que no nos entiendan ni las benditas madres que nos parieron. La mención del término crea en el paisano contemporáneo expectativas en las que está implicada alguna categoría de lo estético y/o lo reflexivo y no le induce ni a pensar en esferas ideacionales ni a prestar atención a la captura de recursos para la subsistencia. Y habría que añadir, en rigor, que

la mirada contemporánea pensada en español no es la misma que la de los anglosajones que, a su vez, en sus distintas circunscripciones, denotan versiones distintas del vocablo 'landscape' (Ward 2013). A saber qué significará paisaje para los malos que, dicho sea de paso, se han visto forzados a importar la palabra del inglés.

A nuestro modo de entender, y como veremos en las siguientes páginas, el término paisaje empleado en la mayor parte de las versiones contemporáneas es equívoco, ocupa un campo semántico impreciso, está marcado a fuego por la visión de la naturaleza que nos legó el romanticismo, es inseparable de la percepción individual y convierte lo subjetivo en una categoría central. Por contra, entendido el paisaje como el contexto espacial expresado en su relación con las sociedades y sus comportamientos, resulta ser un objeto de estudio que permite desalojar ese componente individual, emocional y estético⁴, capaz de combinarse con epítetos (ritual, simbólico, social, vegetal, económico, jurisdiccional, identitario...) que añaden matices y proponen significados bastante precisos.

2.3. El paisaje, objeto de la reflexión contemporánea

2.3.1. Entre la contemplación individual y la convención social

Defendemos, pues, que el concepto contemporáneo de paisaje no es adecuado para el estudio de la expresión espacial de las culturas analizadas desde la arqueología. Entre otras cosas porque resulta imposible dar con una enunciación incontrovertible de eso que denominamos paisaje, un concepto espeso, insumiso, poliédrico y "clásicamente transdisciplinar" (Wattchow 2013). Haciéndonos eco de esta dificultad, insalvable para un texto de esta extensión e intención, perdonará el lector que desistamos de alumbrar una definición lapidaria (otra más) del paisaje. No iremos por esa senda porque no nos gusta la palabra para el cometido de pensar el espacio estudiado por la arqueología y porque podríamos malbaratar estas páginas en la demora explicativa de los infinitos matices que el concepto transporta sobre sus amplios hombros.

Pese a la explícita renuncia a proponer una definición cerrada, parece obligado intentar comprender las reglas del juego a las que se aviene el paisaje. Más allá del elemental aserto que indica que el paisaje se construye sobre la relación entre el sujeto observador y el espacio observado, Javier Maderuelo, especialista en arquitectura del paisaje y no arqueólogo, acorda las múltiples caras de la noción entre dos atributos que, a nuestro modo de entender, resultan absolutamente pertinentes: su carácter elaborado y su tenor convencional y variable en función del contexto al que pertenezcan las retinas que lo contemplan (Maderuelo 2006).

Empezando por el lado de la mirada individual, y abundando en este sesgo relativo, la peculiar tarea psicológica que cualquier sujeto realiza en

4. El paisaje de los artistas, como expresivamente dice Almudena Orejas (1991)

el proceso de percibir el paisaje (nótese que existe una disciplina dedicada específicamente a estudiar la psicología de la captación del entorno) está mediatizada por dos agentes cardinales: experiencia y contexto (Ward 2013). Se trata de dos vectores principales, susceptibles de enzarzarse en una compleja red de circunstancias individuales como la nacionalidad, el género, la clase social, la religión, la edad, la profesión...y un componente especialmente interesante y llamativo, subyugante (y quizá muy frustrante) para la perspectiva arqueológica, que no tiene un término bien ajustado en castellano y que los angloparlantes denominan 'insiderness' es decir, la implicación del observador en un entorno que entiende como propio⁵ (Gondar 2009, Howard 2013). La apreciación del paisaje es, por lo tanto, un acto individual dependiente de variables generadas en la particular biografía de cada cual.

No menos interesante es la perspectiva de la construcción social, que demuestra un recorrido histórico muy peculiar. Desde este punto de vista, llama mucho la atención la insistencia en considerar que en la génesis conceptual del paisaje hay un momento clave, los inicios del Renacimiento, y un tipo de mirada profesional, la del pintor, que dan lugar a la necesidad de nombrar una nueva entidad espacial, desarrollada en los siglos siguientes y cristalizada como especialidad autónoma del arte del siglo XIX, del que es deudora nuestra sensibilidad estética y también científica hacia el entorno. Al parecer, como consecuencia de la precisa determinación cronológica del nacimiento de diferentes voces en diversas lenguas⁶, se ha extendido la idea de que en la cultura occidental sólo existe una página en blanco, un insólito vacío previo al interés por el paisaje de los primeros pintores renacentistas (Berque 2009a y 2009b, López Silvestre 2009, Maderuelo 2002 y 2006, Martínez de Pisón 2006, Ortega 2006, 2010).

De manera que podríamos coger un atajo para refutar el uso del término paisaje en arqueología diciendo que es un artificio tejido en los telares de una estética convenida socialmente, resultado de preocupaciones e intereses materializados en fechas relativamente recientes. Siendo esta una realidad palmaria, sin embargo, creemos con Roger (2008) o Milani (2006) que, dirigida hacia el paisaje, la mirada intencionada (esa mirada atenta e inquisitiva para la que la lengua inglesa tiene un término particular, 'gaze'), detenta un recorrido histórico mucho más dilatado. No es nuestra intención proponer aquí una fecha anterior para el nacimiento de la noción -que, por lo demás, ni sabríamos fijar ni creemos constitutiva de un debate particu-

5. Una anécdota llevada por Luis Vicente Elías a las recientes jornadas sobre el paisaje del viñedo celebradas en Nájera (2013), resulta especialmente expresiva. Preguntado un lugareño sobre las cualidades paisajísticas de su entorno, la respuesta merece letras de oro: "Aquí no hay paisaje. Donde de verdad hay paisaje es en Benidorm".

6. Nacimiento dúplice pues son caminos distintos los que dan lugar, por un lado, al 'Landchap' holandés, al 'Landschaft' alemán o al 'Landscape' anglosajón (que tienen entre sí diferencias de matiz tan notables como las que explica Crosgrove -2004-) que los que, por otro, desembocan en el 'Paysage' francés, el 'Paesaggio' italiano o el 'Paisagem' portugués (BERQUE 2009b).

larmente subyugante-, sino comentar algunos rasgos de las culturas clásicas que añaden elementos, enriquecen el discurso sobre los problemas que plantea la genealogía del paisaje y el uso que le damos hoy y que acaso nos acerquen a entender otras miradas dirigidas al entorno construidas en coordenadas culturales y cronológicas distintas a las nuestras.

2.3.2. En el principio fue la ciudad

Cuesta mucho creer, por lo que respecta a las culturas mediterráneas clásicas, en esa absoluta falta de reflexión, esa suerte de ceguera, insensibilidad o incapacidad para la cavilación estética y emocional sobre el entorno. La relación entre naturaleza y sociedad, un tópico muy frecuentado en la historia del pensamiento occidental, permite en las culturas clásicas explorar y entender cabalmente algunas de sus características más notables. Fueron sociedades que se dotaron de un cuerpo mítico, ritual y normativo muy nutrido con vistas a acomodar sus acciones a un cosmos cuya armonía y equilibrio resultan ser, a la vez, una aspiración y una imagen de perfección que es preciso no violentar.

Una revisión a vuelapluma de los innumerables pasajes de la mitología griega que dan acceso a un concepto del cosmos que segrega con precisión de *bisturí* cirujano lo humano y lo que no lo es, nos mostraría un poblado conjunto de deidades con competencias específicas. alguna de ellas está consagrada al arte de traficar sus asuntos trasponiendo los límites de la naturaleza salvaje y el mundo de los hombres: dioses mensajeros, dioses garantes del orden cósmico, dioses en equilibrio dinámico que ejercen sus cometidos entre el allá, donde operan fuerzas incontrolables, habitan seres indómitos y ocurren cosas tan espeluznantes como las que relata Eurípides en “Las Bacantes”, y el aquí ordenado, conocido y seguro de los humanos. Son culturas que no conciben al hombre despojado de su condición de ciudadano, de ‘*zoon politikon*’, de animal social creado en ese ámbito fuera de cuyos límites o no merece la denominación de hombre o está sujeto a un estatuto provisorio muy especial.

La investigación ha reparado en la llamativa ausencia de una cosmogonía propia en la mitología romana. Aprecian los estudiosos del tema esa misma falta de explicación sobre el cómo y el cuándo se conformó todo en otras tradiciones indoeuropeas como la persa o la hitita (López-Ruiz, 2012). Ello no impide que los romanos elaboraran lo que Bettini denomina, muy expresivamente, una “urbigonía”, un relato mítico pormenorizado que une indisolublemente el nacimiento de su ciudad (‘*Urbs*’) con la ordenación del espacio primordial mediante (1) la excavación de un ‘*mundus*’, punto de contacto entre el cielo y lo que está bajo el suelo y (2) el trazado mediante un arado del ‘*sulcus primigenius*’ circular que determina (y no a la inversa) la forma del cosmos romano (‘*Orbis*’), en realidad un mero remedo ampliado de la ‘*Urbs*’ (Bettini, 2012). En el principio, por lo tanto, no fueron creados los cielos y la tierra, sino la ciudad.



Figura 2. Fresco romano que representa un paisaje de *La Odisea* (60-40 a.C.). Casa de vía Graziosa sull'Esquilino. Biblioteca Apostólica Vaticana, Roma.

La 'polis' o la 'urbs' determinan el espacio donde instituciones y leyes suministran dirección y coherencia a la existencia humana. En el modo de estar en el mundo de un romano o un griego emerge una clara conciencia de dónde se encuentra su lugar, una conciencia en buena medida definida a la contra, por oposición a un entorno no humano. Quizá sea esta una de las razones de la anemia paisajística romana y griega en la mirada hacia el espacio natural, interpretada muchas veces como desinterés pero a la que cuadraría mejor la consideración de temor o profunda desconfianza respecto a lo que está fuera de los límites donde habitan los hombres. Porque actitud estética espacial, es decir, miradas evaluadoras de la estética y de las emociones que suscita el entorno, abundan en la tradición clásica aunque ligadas a la obra y la acción humana. Pese a que no sobren los ejemplos referidos al ámbito de lo natural, su escasez no conlleva la ausencia de una mentalidad paisajística. Existe, evidentemente, una reflexión estética en absoluto simplista que, como veremos, viene marcada por un implacable, ubicuo y reivindicativo antropocentrismo que exige la presencia de los hombres en la re-presentación de los paisajes.

Yendo a lo concreto, recoge Roger (2008) ejemplos de las célebres pinturas murarias de las casas pompeyanas. A partir del siglo I, los paisajes constituyen un tema habitual, una moda cuyas coordenadas históricas, ligadas a la complacencia augústea, explica Spencer (2010) y cuya consideración estereotipada y repetitiva ha sido muy bien analizada por Acolat (2011). Si bien estos elementos pictóricos aparecen en coordenadas culturales que no terminan de encajar con buena parte de los principios sobre los

que se ha construido el concepto contemporáneo de paisaje, es difícil atinar con una palabra para describirlos que eluda el término, pues paisajes son y no otra cosa, aunque no sean nuestros paisajes (Figura 2). Se trata de manifestaciones reiteradas que evitan la transcripción pictórica de la naturaleza salvaje, re-creaciones y tópicos visuales alimentados por referentes establecidos en época helenística (el panorama nilótico, los escenarios costeros, los jardines, los lugares sacro-idílicos...) que describen un entorno domesticado en el que o siempre está presente la figura humana o es notoria la obra de los hombres (Acolat 2011).

Vayamos a las palabras y a la literatura. Al parecer, no encontramos ni en griego ni en latín un vocablo específico para expresar lo que nosotros denominamos paisaje, una de las condiciones necesarias, según Berque, para que una cultura entre en la categoría de cultura “paisajera”⁷. Ciertamente que por la propia complejidad contextual del concepto contemporáneo, ello no significa exactamente que no existan términos comparables, aunque en una relación tangencial que merecería la pena, al menos, intentar encuadrar.

En el teatro y la escasísima novela griega, el paisaje tiene también una presencia esquiva y muy alejada de nuestros cánones. Como en el caso de las pinturas murales romanas, su patente convencionalismo se halla subordinado a la intención de comunicar una idea principal, si bien cumple un importante papel de marco explicativo deliberado, cargado de signos que sólo se descifran en el conocimiento de claves en ocasiones muy sutiles, tapadas por la hojarasca de tópicos aportados por la mentalidad contemporánea⁸. Algunos ejemplos literarios de la cultura clásica (Platón, Téocrito, Horacio, Cicerón, Virgilio, Varrón, Plinio el Viejo, Plinio el Joven, Vitruvio, Ovidio, Tito Livio, Estacio..., pero también, desde el principio, y como veremos ahora, en los poemas homéricos) permiten rastrear esos elementos paisajeros de los que habla Berque.

Retornemos para ello a la percepción atenta, al acto psicológico de mirar lo que nos rodea. Resulta muy sugerente la anotación de Carrueso respecto a la disposición contemplativa que se describe en determinados pasajes de *La Odisea*⁹: una mirada admirativa hacia el entorno para la que el autor del poema emplea el verbo ‘theáomai’, que “no se trata de un simple ver, sino de una mirada que produce un efecto en quien mira”, término que,

7. Requerimiento este quizá demasiado exigente en el estudio de sociedades antiguas habida cuenta de los problemas que conlleva cualquier traducción y en especial la de un idioma de tan extenso vocabulario y compleja semántica como el griego clásico. Los términos ‘topographia’ (descripción de un lugar real) y ‘topothesia’, (descripción de un lugar imaginario), que aparecen a partir de época helenística, denotan un campo semántico concomitante aunque más restringido (CARRUESO 2012).

8. Por ejemplo, el canto de los pájaros indica la ausencia de vida humana en un espacio sagrado ocupado por especies vegetales (el laurel, la vid, el olivo, atributos de Apolo, Dionisos y Atenea respectivamente) en la tragedia de Sófocles ‘Edipo en Colono’ (CLAVO 2012).

9. Odisea, canto V, 55 y ss y canto VII, 112 y ss

con el tiempo, daría lugar a una palabra que habita el centro mismo de la cultura griega: 'théatron', el teatro (Carrueso 2012). El término describe tanto la particular captación del entorno natural que practica en su visita a la isla de Calipso Hermes, un dios, como la del mortal Ulises cuando se pasma ante la belleza del jardín del rey Alcinoos, pormenorizadamente descrito por Homero. Siglos después, y ya en contexto romano, determinados verbos en los que está implicado el sentido de la vista en relación con el panorama ('videre', 'prospectare' o 'prospicere') vienen asociados a términos como 'situs', 'facies' o 'forma', en ocasiones con el genitivo 'regionis', que delatarían una actitud particular del observador romano respecto a lo que le rodea, lejanamente emparentada con la del contemplador contemporáneo del paisaje. Hablamos sólo de la actitud, porque la mirada no se entrega a la belleza inculta y pura de lo salvaje. Por el contrario, el talante paisajero romano funciona como un mecanismo que postula, jalea y enaltece el dominio humano sobre la naturaleza, circunstancia notoriamente patente en determinados paisajes de las *Silvas* de Estacio¹⁰ (Acolat, 2011).

Estos ejemplos literarios y pictóricos de las culturas clásicas traslucen una reflexión y nos hablan de unos consolidados principios estéticos que no tienen una correspondencia directa con nuestras prioridades. No por ello la mirada que se vislumbra desde aquellos lejanos contextos, a nuestro modesto modo de entender, deja de ser una mirada paisajera. Cuando reparan en un entorno natural puro, se componen habitualmente miradas hostiles, amedrentadas, incluso abiertamente negativas, que aplauden el sometimiento de los elementos naturales al dictado de los hombres. Por encima de ello, prestan una atención reflexiva a lo que está alrededor y ponen en funcionamiento un sentido estético en el que gobierna la prioridad de la obra y la especulación humanas. El mito de la fundación de la 'Urbs' hace ostensible una desconcertante desatención hacia el origen de los humanos, de los dioses y de los materiales primordiales que los constituyeron, pero entrega una imagen muy explícita del enorme peso que tienen en este mito lo que, con toda intención, podríamos denominar paisaje urbano y mirada civilizada o, mejor, mirada instruida en la ciudad. La trillada tríada vitruviana ('Firmitas', 'Utilitas', 'Venustas') deja un 33,33% fracción decimal periódica pura a una peculiar versión de la belleza. Pese a los cándidos ejemplos que propone Vitruvio para explicar el origen de la arquitectura en la capacidad de imitación de los primeros humanos¹¹, la 'venustas' arquitectónica¹² es un producto del arte, una jerarquía superior a la de la mera necesidad primitiva (Calatrava 1991), ligada a circunstancias como el orden, la euritmia o la simetría. Nada que ver, por lo tanto, con una naturaleza ni ordenada ni simétrica que, como dice Ovidio en sus *Metamorfosis*¹³ y como remacha Es-

10. Estacio. *Silvas* II, 2.

11. Vitruvio *De Architectura*, L. II, cap. 1.

12. El término, normalmente traducido como "belleza", está ligado a los atributos de Venus: seducción, gracia, encanto...

13. Ovidio. *Metamorfosis*, III, 158-159.



Figura 3. François Boucher: "Un été pastoral" (1749). Wallace Collection, Londres.

tacio en las Silvas citadas antes, sólo es bella cuando imita al arte. La belleza natural, por sí sola, no colma el sentido romano de la belleza (Acolat 2011).

2.3.3. Los 'loci amoeni'

Con estas bases, literatura y pintura convergen en el suave tópicos de los 'loci amoeni'. Seguramente no sería tan complicado tender un hilo temático entre el interés renacentista por las expresiones artísticas de la antigüedad y las representaciones pictóricas de los lugares sacro-idílicos de las 'domus' y 'villae' romanas. Y, en lo que respecta a la literatura, el género bucólico, aunque con elementos a los que se les puede seguir la pista en tiempos precedentes, se genera en Grecia con Teócrito, tiene en Virgilio o Ausonio una continuidad explícitamente declarada, alcanza la literatura bajomedieval europea desde Italia y se desarrolla de manera muy vigorosa a partir del siglo XVI (Figura 3). La naturaleza amansada y apacible de una irreal Arcadía que reflejan las églogas clásicas se convierte en un lugar común, un adecuado escenario para que seres humanos urbanos -perfectamente civilizados, incluso trasuntos de relevantes personajes reales travestidos con el rústico atavío pastoril-, busquen allí un espacio propicio para sus andanzas y piques poéticos. Esos 'loci amoeni' de larga y fecunda tradición en la literatura occidental son espacios siempre umbríos y frescos, de frondosa libertad, no sometidos a la convención social y llenos de elementos impropios. Un lugar idealizado en el que los refinadísimos pastores-poetas pugnan entre sí en concursos literarios de la más alta sensibilidad que suelen girar alrededor del tema amoroso

2.3.4. Tras la tormenta y el impulso romántico. La búsqueda del lugar del urbanita contemporáneo

Hemos propuesto en los párrafos anteriores la posibilidad de encontrar entre griegos y romanos rasgos de las “sociedades paisajeras” de Berque. Es evidente que el carácter contextual del paisaje impide equiparar los significados que lo animan en épocas distintas. Pero, dicho esto, creemos que la percepción contemporánea del paisaje está muy señalada por la visión romántica de la naturaleza. Explica Telias (2012) en un artículo de trazos muy sugerentes que, en la pintura, el romanticismo da el paso definitivo que convierte al paisaje en un tema autónomo, dejando atrás aquella función de mero complemento de la presencia humana. Un papel, como hemos visto, cumplido desde tiempos muy anteriores. El romanticismo se zambulle en la naturaleza con plena consciencia de los riesgos que asume, reivindicando “la melancolía y el terror”¹⁴.

El paisaje para los románticos era el lugar de encuentro con la respuesta final, [...] al constituirse en presencia tangible de lo infinito y el misterio insondable, una reintegración, una mirada al rostro mismo de la madre naturaleza” (Telias 2012).

Esa perspectiva romántica de inmersión total en la naturaleza pervive en muchas proposiciones intelectuales para el paisaje, desde la reivindicación holística o monista del paisaje en la perspectiva de la historia (Urquijo y Barrera 2009) y de la arqueología (Criado 2013) a los principios que animan el ‘Land Art’ (Telias 2012), subrayadas por Moure (1999) para el subyugante trabajo de Richard Long, uno de sus más conocidos apóstoles:

...la extrema religiosidad, el sublimado individualismo, el ‘voyeurismo’ desdeñoso, el abrazo antidiscursivo de la naturaleza y la exaltación de la inocencia son [...] características definitorias [...] del Romanticismo. Podríamos asimilar esas claves románticas, una por una, a aspectos fundamentales de la aproximación creativa de Long...

La apretada criba romántica por la que ha pasado el concepto de paisaje en las sociedades occidentales ha dejado una herencia fundamental que no parece haber sido estrenada hasta entonces: un tipo de emoción reflexiva, individual, conjugada como aspiración anímica, que pone en conexión y articula en la más estricta intimidad al observador con lo sublime, lo insondable o lo infinito en la búsqueda del lugar que uno ocupa en el todo (Figura 4).

Acaso, pues, nuestra experimentación del paisaje deba poco a esas versiones clásicas que hemos intentado explicar en las páginas previas y mucho al romanticismo. Sin embargo, de manera muy paradójica, y como veremos un poco más adelante, las miradas lanzadas desde aquel lejano

14. ARGULLOL, R (2006). *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*. Acantilado. 208 p. [Citado por TELIAS,2012].



Figura 4. Caspar David Friedrich: “Der Wanderer über dem Nebelmeer” (c. 1818). Kunstballe, Hamburgo.

entonces -cuando la naturaleza era cualquier cosa menos una instancia amigable-, nace de la misma condición que la mirada del consumidor contemporáneo de paisajes. Ese consumidor que defiende, exalta y solicita como bien escaso una naturaleza vulnerable, amenazada y añorada a la manera que añora el exiliado su hogar perdido. Reverenciar y añorar, sin embargo, no es lo mismo que comprender. Como un caleidoscopio con los espejos del prisma desajustados, el uso contemporáneo de “lo natural” amontona herencias contradictorias aliñadas con un poquito de aquí y otro poquito de allá, mal comprendidas, rescatadas de manera parcial, desacertada e ignorante de los contextos que las vieron nacer. Quizá por las evidentes capacidades icónicas y publicitarias de “lo natural”, y eligiendo el perfil bueno para la foto, subrayamos sus cualidades benéficas. Como si perteneciéramos a comunidades de pensamiento mítico, razonamos y asumimos su comportamiento violento -un huracán, una riada, un maremoto- como justa y comprensible réplica a unas reglas que los humanos hemos violentado (y que cualquiera se pone a cambiar ahora, desvanecido el taparrabos neolítico que momentáneamente nos ha vestido y ajustada la corbata al cuello, esa parte tan apropiada para acomodar la soga de la horca). A la naturaleza se le teme lo justo. A la naturaleza se le apadrina para que nos apadrine en un temerario y desigual compadreo. La naturaleza es nuestra amiga.

Nuevamente Teliás (2012) da en la tecla cuando se refiere al epítome del consumo de la naturaleza en la sociedad contemporánea. Señoras y caballeros, distinguido público: con ustedes el parque temático (Figura 5).



Figura 5. Vista aérea del parque temático 'Seagaia Ocean Dome', en Miyazaki, Japón.

Artilugio que responde por fin a la histórica necesidad de domesticar lo natural; entre estos, es particularmente ilustrativo el Ocean Dome de Japón. Una naturaleza sucedánea bajo una cápsula cerrada de trescientos metros donde miles de turistas pasan un verano de trescientos sesenta y cinco días al año. Una versión del “lugar agradable” (*locus amoenus*) que nos legaron los romanos, definiendo los jardines de placer. Un lugar bajo control, una naturaleza alternativa confinada bajo el total dominio humano, incluso con una playa y volcán que simula una erupción ¡cada una hora!

La noción de “sobremodernidad” acuñada por Augé hace ya tiempo (Augé 1992), viene caracterizada por la vertiginosa sucesión de acontecimientos en la que vivimos las sociedades contemporáneas. El esfuerzo de digestión de una información torrencial, instantánea, en perpetua renovación, sin jerarquía, de orígenes inconcretos que invitan a la duda permanente, conlleva la resituación constante de individuos y sociedades que quedan en un estado de desamparo identitario porque todo, ciertamente, ya es global y sustituible. Buscamos amarres en la pertenencia a lugares a los que nos entregamos con fervor y determinación, cargados de simbologías y estética. Y, así, aspiramos a la contemplación de paisajes capaces de desatar en nosotros todos los síntomas del síndrome de Stendhal. Eliminamos las muchas espinas que muestra la experiencia de “lo natural” por dos razones fundamentales: la fugacidad con la que lo experimentamos y el carácter reactivo de la experiencia ante lo que nos ofrece la vida urbana. La naturaleza, y con ella el paisaje, es una vivencia pasajera, de “finde”, ajena a la rutina diaria que se escenifica en la ciudad. La ciudad de nuevo. La ciudad, cuyo



Figura 6. Sala de espera de una consulta odontológica.

compulsivo y rápido crecimiento permite acoger desde hace decenios a los que huyeron del pueblo, y a sus hijos y a sus nietos, es el gran fenómeno social de nuestros tiempos. La ciudad contemporánea: límites inflamados y difusos, suburbios construidos a toda prisa y abandonados a su suerte cuando vienen mal dadas, carentes de guiños simbólicos, con espacios más anodinos que hostiles, más insustanciales que abiertamente desagradables, esos lugares a los que Augé denominó los no-lugares (estaciones de ferrocarril, centros comerciales, salas de espera (Figura 6), edificios clínicos, autovías...) que se han ido adueñando de las periferias mientras los pequeños, incómodos y despoblados centros históricos quedan reducidos a la condición de (otro) parque temático. Invasión durante los fines de semana, allí, de cuando en cuando, se celebra algún mercado renacentista, ostrogodo, celtibérico, medieval o romano para animar el cotarro e incentivar el consumo, panacea que todo lo cura.

2.3.5. El paisaje en la historia: la mirada del ciudadano

Pero, más allá de esta situación, el denominador común de las miradas hacia el paisaje a lo largo del amplio recorrido que hemos punteado aquí es su filiación urbana. Pensemos que los testimonios a los que podemos acudir para intentar estar al corriente de los vectores sobre los que se desarrollaba la mirada hacia el entorno antes del siglo XIX (y quizá, incluso, desde algo más tarde) sólo se detectan en la literatura y la pintura. Es decir, miradas de literatos que en contextos muy mayoritariamente iletrados dominaban la escritura, miradas de pintores que, duchos en el arte pictórico, o sabían escribir o siguieron las directrices de los que sabían escribir. Ellos nos han



*Figura 7. Campesina búlgara.
Khalidun Wanli, 2007.*

dejado el rastro de lo que pensaban y sentían los que nos precedieron en el camino... ¿o quizá es una afirmación excesiva? Probablemente. Esos procreadores de opinión eran, en realidad, urbanícolas, forasteros, ‘outsiders’ con miradas educadas en la ciudad, que es donde uno aprende a escribir o a pintar. No encontraremos, salvo excepción que no conozcamos, testimonios paisajeros de aldeanos, de hombres ordinarios criados en el campo, de los innumerables campesinos que supieron adaptarse y sacar provecho de las caprichosas y severas dinámicas en las que se conduce la naturaleza. Un campesino no sabe escribir ni sabe pintar porque es perito en la exigente industria de la supervivencia que, sin embargo, nunca ha reclamado formación en las artes liberales del ‘trivium’ y el ‘cuadrivium’ (Figura 7).

Griegos y romanos reivindicaron la primacía de los hombres y su hogar ciudadano sobre una naturaleza que deja de desazonar sólo cuando en algún lado aparece bien visible la obra humana. Nosotros desertamos un ratito de nuestra condición urbana y nos convertimos en sensibles, efímeros y superficiales exploradores de una naturaleza amiga que nos consuela de la ausencia de una identidad que la ciudad desmembrada es incapaz de concedernos. Pero hubo un tiempo en el que era más ventajoso para el ánimo mirar dentro de aquella ciudad suministradora de identidad que mirar fuera de ella, donde nada interesante había. El paisaje, pues, está construido sobre una mirada asaetada, como un doliente San Sebastián, por los dardos de la condición ciudadana.



Figura 8. Paisaje enmarcado. Jesús Marino Pascual, Museo Vivanco, Briones. Fotografía de Jesús Marino Pascual.

Cuando los ojos del campesino miran un entorno propio (en la perspectiva de la 'insideness' que mencionamos líneas arriba) ven otras cosas que no son paisaje, sino recursos, alimento, desplazamientos, mito, propiedad, religión, relatos. La belleza de los parajes es cosa que compete a los que no son del campo, no interesa a quien tiene la necesidad de vivir de él y en él, de habitar sin alharacas un espacio (Daugstad, Fernández Mier y Peña-Chocarro 2014). Eso no significa que el territorio humano se mida sólo en términos de aprovechamiento (aunque gran parte de los estudios procesualistas en arqueología han volcado su atención en la valoración y medida de los recursos en los territorios), porque los humanos tendemos a apropiarnos de lo que nos rodea por vericuetos en los que está implicada nuestra maquinaria simbólica, ese artilugio excepcional que también alimenta nuestra capacidad de hablar y que nos diferencia del resto de los animales: hablamos, luego simbolizamos. El territorio no está exento de símbolos, sino, más bien, todo lo contrario. Los hitos humanos en el territorio, el simple hecho de nombrar lugares, de hacerlo sin la necesidad de delimitarlos con precisión (Figura 8), denotan una primaria necesidad de apropiación del entorno, de hacerlo nuestro, de humanizarlo desde otras categorías distintas a la de la mera supervivencia.

Todas estas condiciones son válidas también para el arqueólogo, dislocado entre su circunstancia de ciudadano contemporáneo que, con conciencia o sin ella, proyecta sus intereses, preocupaciones, filias y fobias, y un objeto de estudio que, aplicado el término en el sentido de marcada individuación de la percepción del paisaje, está fuera de su alcance: nunca podremos pertenecer a espacios que nos son ajenos, nunca podremos vivir en el pasado y percibir el entorno ya desvanecido con ojos que no son nuestros. El paisaje, en este sentido estricto que dibuja su genealogía, no debería ser objeto de atención arqueológica porque nuestros ojos, los ojos de cada uno de los arqueólogos que en el mundo son, son la herencia de los habitantes de las ciudades que tuvieron la necesidad de inventar algo tan raro, inconcreto y evanescente como el paisaje.

3. CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO DE CAMEROS

3.1 La difusa delimitación de la comarca camerana

La denominación de Los Cameros, empleada para designar el señorío concedido por Sancho III el Mayor de Navarra a Fortún Ochoa en los primeros años del siglo XI, coincide casi exactamente con los tramos superiores y medios de las cuencas de los ríos Iregua y Leza, afluentes del Ebro que recorren en paralelo de suroeste a noreste el sector central de la comunidad autónoma de La Rioja. Sin embargo, en la práctica, tal denominación resulta bastante laxa e inconcreta. El ya un poco añoso, monumental e insustituible trabajo de José Luis Calvo (1977) reúne bajo la denominación de Cameros a todas las zonas montañosas de La Rioja y una pequeña parte de la provincia de Soria enclavadas en la vertiente septentrional del tramo occidental del Sistema Ibérico. Esta determinación (que difícilmente un camerano asimilará a su sierra de Cameros) es resultado de la proyección y uso de conceptos como “región uniforme” y “región funcional” y coincide básicamente con la delimitación geomorfológica planteada hace casi cincuenta años por Tischer (1966). Su descripción formal indica que el relieve camerano tiene altitudes de entre 600 y 2000 m. aproximadamente, caracterizado en general por cimas alomadas y vertientes suaves y un clima submediterráneo de montaña, bastante variable en cuanto a las precipitaciones en función de aspectos como la altitud y la exposición a los flujos climáticos atlánticos en el valle del Iregua, que se diluyen en el carácter más continental del valle del Leza.

Las cuencas altas y medias de Leza e Iregua (la mayor parte del Camero Viejo y el Camero Nuevo) son las protagonistas de las siguientes páginas, aunque, para terminar de rizar el rizo de esta difusa determinación geográfica, incluimos también en las siguientes páginas referencias a los términos municipales de Clavijo y Nalda, que no pertenecen a Los Cameros aunque comparten características fisiográficas e históricas con ellos.

3.2 La sierra imaginada, entre el ‘locus amoenus’ y la moraleja ecológica. Paisajes después de una batalla

A menudo se dice que los paisajes tienen memoria y aunque en ocasiones tal afirmación tiene todo el sentido (Skewes, Guerra, Rojas y Mellado 2011), en otras entona un poético y muy desafinado canto al sol que analiza la inconstante historia de los lugares como el calmoso precipitado de un proceso continuo y homogéneo, algo que no se ajusta en modo alguno a la realidad. Admitamos prudentemente que los paisajes tienen memoria, pero una memoria selectiva, borrosa y arbitraria que precisa de algún artilugio capaz de refrescar y ajustar los perfiles del recuerdo. El estudio atento de las situaciones actuales y los procesos recientes configura un laboratorio experimental del mayor interés.

¿Qué memoria tiene la comarca de Cameros, qué imagen proyecta hoy hacia la sociedad el paisaje transformado de lo que, según es fama, fue hasta hace no mucho tierra de promisión? No creemos equivocarnos dema-



Figura 9. Línea de cumbres entre los valles de Iregua y Leza. Nalda. Fotografía de Carlos López de Calle.

siado si decimos que en Cameros conviven dos visiones esquizofrénicas, incoherentes o, de manera más benévola, complementarias. Depende en gran parte de dónde pase uno el fin de semana o, dicho de otra manera, de dónde pose uno la mirada: Camero Nuevo, verde y arbolado, o Camero Viejo, seco y pelado (Figura 9). Esos paisajes cameranos, de tan alto contraste entre las cuencas de Iregua y Leza, vivieron desde inicios del Antiguo Régimen una trayectoria socioeconómica que podemos considerar, en trazo grueso, común. Ambos valles conocieron la inclusión del espacio montano en circuitos económicos de largo tranco nacidos al calor de las ventajosas disposiciones del Honrado Concejo de La Mesta y basados en la explotación y comercialización de la lana del ganado trashumante. Ambos valles vivieron, a partir del último tercio del XVIII, el lento derribo de unos modos de vida que habían sustentado una vigorosa demografía. Ambos valles sufrieron la larga agonía, pormenorizada por la historia rural, que protagonizó el siglo XIX. En ambos valles se pusieron en práctica estrategias casi desesperadas por la subsistencia entre inicios y mediados del siglo pasado... y, sin embargo, sus respectivos paisajes, perdida la batalla demográfica, presentan hoy aspectos bastante diferentes.

Camero Nuevo. Constituye el escenario natural que complementa la faceta más urbanita de una buena parte de los riojanos. Dueño de densas masas boscosas, escenario de las más antiguas y saludables formas de vida, conforma el arsenal de la tranquilidad donde hacemos lo que no hacemos en el día a día: paseamos por el placer de pasear, buscamos setas, cazamos, descansamos, nos cansamos en gozosas excursiones por los más intrincados



Figura 10. Paisaje otoñal. Ortigosa de Cameros. Fotografía de Carlos López de Calle.

caminos, aleccionamos a nuestros ojos en el encanto de los colores otoñales... (Figura 10). Aquí está el origen, el espacio donde la mano del hombre casi pasa desapercibida. El que debe ser protegido, conservado, reservado tal como está, preservado de la rapiña nacida de la necesidad del siglo XXI. Nosotros hemos cambiado, pero el alto valle del Iregua, no. Y esa inmutabilidad es confortable. Lo es porque lo inmutable transmite seguridad, porque la velocidad y falta de poso de nuestra vida cotidiana produce vértigo. Necesitamos tener la certeza de que hay un lugar que permanece puro, ajeno a nuestros modos civilizados y destructores. Un lugar en el que el tiempo está varado y donde concertamos una cita con la naturaleza para satisfacer esa necesidad de mirar a un exterior prístino que, siguiendo la pista que marcan nuestras retinas, instale en nuestros corazones esa obligatoria paz interior. Como dice García Ruiz de manera mucho más prosaica y, seguramente, certera (García-Ruiz 2009), Cameros es “un lugar turístico en el que es posible todavía encontrar los necesarios rasgos de rusticidad”, testimonio muy expresivo de las coordenadas en las que se mueven las hambres y los anhelos de esta sociedad de inicios del siglo XXI. En este espacio nos sentimos ajenos a un abrumador sentimiento de culpa. Antes de ser tan sensibles como somos, mancillamos aquel fantástico jardín del Edén, quebrantamos las plácidas leyes de aquella naturaleza amiga que nos proveía de todo, a la que hemos confiscado una parte sustancial para provecho propio y que se conserva milagrosamente en lugares como este donde, todavía hoy, sigue disponible para nuestro solaz y disfrute. En esta dinámica, el tiempo humano tuvo un mágico punto de partida en el que nos reconocemos, del que nos gusta ser herederos, que hemos enriquecido a lo largo del camino



Figura 11. Valle del Leza. Trevijano. Fotografía de Carlos López de Calle.

con tradiciones primorosamente custodiadas que debemos legar a las generaciones venideras. En realidad, una patraña romántica. Habitar el Camero Nuevo ha sido siempre, y para casi todos de los muchos que lo habitaron en el tiempo, una empresa difícil que, probablemente en muchos casos, no quisieron legar a sus hijos.

Camero Viejo. La deteriorada imagen de sus parajes se explicó durante mucho tiempo acudiendo a generalizaciones carentes de cualquier matiz: las necesidades de aquella desproporcionada cabaña de ganado trashumante, las talas de bosques completos que suministraron madera de calidad para la construcción de navíos de guerra¹⁵ o la exigencia de combustible y carbón para satisfacer las necesidades de una población a todas luces excesiva. Todo ello dejaría en el paisaje la huella de prácticas suicidas, de corto e irreflexivo plazo, perfectamente reconocibles, que desembocaban en la moraleja ecológica palpable en la visita a los pueblos del alto y medio Leza: tierras desoladas, abandono, emigración, pobreza y quebranto paisajístico irreversible (Figura 11).

Veremos en las siguientes páginas que, en ambos valles, la realidad es mucho más compleja y, por supuesto, mucho más interesante. El paisaje actual de Cameros es, por encima de cualquier otra cosa, el producto de un proceso muy reciente adherido a una dramática historia de abandono y

15. La Armada Invencible sería así un tópico punto de referencia que sumaba a la desoladora imagen del pelado paisaje de la cuenca del Leza el escarnio del mayor fiasco histórico del aquel Rey Prudente que había establecido la delirante relación entre los barcos, la honra y los elementos.

marginalidad territorial enhebrada en la lenta agonía y el estrepitoso fracaso de un modelo económico y social que ha dejado cicatrices, de distinta apariencia y profundidad.

3.3 Instrucciones de la historia reciente para mirar el paisaje camerano en la perspectiva de la arqueología: entre el Antiguo Régimen y la mitad del siglo XX.

3.3.1 El Antiguo Régimen

La idea fundamental que transmite los documentados trabajos de José Luis Gómez Urdáñez sobre La Rioja a inicios del Antiguo Régimen es la de una sociedad dominada por “la quietud y la costumbre” (Gómez 1994) que a lo largo del siglo XVI se mostró, sin embargo, extraordinariamente dinámica, abierta a flujos mercantiles de corto y largo radio, capaz de generar ocupaciones especializadas antes desconocidas y muy poblada para las cifras demográficas de la época. Más el valle que las sierras que, con todo, tenían una densidad muy considerable¹⁶. El motor de este dinamismo estaba alimentado por dos productos, lana y vino, claves fundamentales para entender una buena parte de la trayectoria histórico-económica de la región a lo largo de los siguientes cuatrocientos años (Gómez 1994).

En la sierra, el sistema económico, muy exigente en mano de obra, dependió durante este periodo de un complejo andamiaje apoyado en la explotación de las cabañas trashumantes. Dominada por grandes ganaderos que compartían intereses -y en ocasiones lazos familiares- con los propietarios de las industrias transformadoras, la ganadería trashumante y sus fábricas satélites constituyeron la principal fuente de rentas y empleo de la sierra durante el Antiguo Régimen. La agricultura, por su parte, venía restringida por unas condiciones climáticas y medioambientales limitantes que exigían rotaciones y barbechos y que daban como resultado rendimientos paupérrimos y un peso insignificante en el cómputo económico global. Sin embargo, el sistema de propiedad, muy atomizado, aseguraba recursos alimenticios complementarios para las economías familiares. La agricultura fue una actividad menor pero imprescindible para la mayor parte de la población de época moderna en Cameros. Sin cabida para el menor lujo, las familias serranas tenían asegurada una mínima subsistencia que, si hubiese dependido sólo del mercado de trabajo, habría resultado prácticamente imposible (Moreno 1996, 1998).

La desaparición de la Mesta a mediados del siglo XIX significó la ratificación jurídica del colapso de un sistema que mostraba ya claros síntomas de agotamiento desde mediados del siglo XVIII. Entre finales del XVIII y

16. Unos 20 habitantes/Km² entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XVIII (GÓMEZ 1994, MORENO 1996). Piénsese que en fechas recientes la comarca del Camero Viejo arroja un índice de unos 3,5 habitantes/Km² (LASANTA Y ARNAEZ 1999) y que la población actual de La Rioja se ha multiplicado aproximadamente por algo más de 11 si tomamos como base la población de fines del siglo XVI.

mediados del XIX la cabaña de ovicaprinos, convertida en su mayor parte en ganado estante para carne, se vio esquilhada hasta representar sólo una décima parte. La agricultura, alentada a lo largo del XIX por el nuevo ideario ilustrado y liberal (Moreno 1996) y única alternativa viable para la subsistencia, duplicó su extensión. En muchas zonas de los Cameros lo que vemos en las innumerables terrazas de banales ocupando abruptos relieves es el impactante paisaje del hambre, de las roturaciones masivas en busca de nuevos terrenos donde poner en práctica voluntariosas y esforzadísimas actividades agrícolas que chocaban contra las crudas condiciones climáticas y medioambientales de la sierra. Sin más opciones, el Camero vivió arrinconado entre una emigración mitificada por el relato de la abundancia indiana (Gurría y Lázaro 1998) y los límites de la mera subsistencia. Esos límites que siempre han sido el objetivo primordial, no siempre asequible, de los campesinos.

3.3.2 Evolución reciente de los paisajes de Cameros. Primera lección impartida por la dinámica natural

Los pormenores paisajísticos del final de este proceso están siendo analizados en los últimos años por los geógrafos. Son trabajos que pretenden entender la impronta transferida al paisaje por esa compleja articulación en aquella sierra casi abandonada de hace cuarenta y pocos años donde uno podía experimentar, con toda la cordura que otorga la palpable realidad, el sentimiento de una casi absoluta soledad (Calvo 1977).

Estos estudios (Errea, et al. 2007 y 2009, Lasanta 2010, Lasanta y Arnáez 1999, Lasanta y Errea 2001, Lasanta y García-Ruiz 1994, Oserín 2007, Ruiz et al. 2010, entre muchos otros), muy prolijos en datos mensurables y estadísticas que el lector interesado deberá consultar, nos muestran que el intensísimo vaciado demográfico de la sierra a partir de las décadas centrales del siglo XX es la causa primera y principal del dramático cambio en el paisaje camerano. Ese abrupto proceso vino motivado por el desarrollo de mercados suprarregionales más amplios y el despegue de la mecanización agrícola, factores a los que la ya disminuida aunque compleja estructura de aprovechamiento agropastoril de Cameros, no supo adaptarse. Ese deterioro demográfico no ha sido revertido en ninguno de los parámetros en estos últimos años, siguiendo la tendencia general que se aprecia en todas las áreas montañosas de carácter submediterráneo en España (Lasanta, Vicente y Arnáez 2011, Ruiz et al. 2010)

La debacle demográfica impuso un radical cambio en la socioeconomía serrana que se vio en la necesidad de desertar de los modos de lo que se ha convenido en llamar, quizá bajo una determinación demasiado laxa, “sistema tradicional”, un lema que, como hemos visto, acoge una trayectoria histórica desarrollada en situaciones económicas y sociales variables: bajo ningún concepto es lo mismo el siglo XVII que el XVIII o el XX, ni todo es ‘Ancien Régime’, ni el ‘Ancien Régime’ es todo (Criado 2013). De aquel modelo fundado en el pastoreo de cabañas de ovicaprinos y una agricul-

tura que ocupaba prácticamente todos los espacios disponibles en forma de campos abancalados (Lasanta y Arnáez 1999), no queda prácticamente nada... excepto su inconstante huella en el paisaje. Hoy, la dedicación a la agricultura, uno de los factores que de manera más perceptible ha modelado el espacio de Cameros en los últimos cuatrocientos años, no puede alcanzar más consideración que la de mera anécdota. El acusado descenso de la ganadería de ovicaprinos en favor de una ganadería basada en la explotación extensiva de cabañas de vacunos, generalmente pastoreadas sin el necesario desplazamiento, es otro factor que incide en el paisaje (García-Ruiz 2009). Desde el lado de la articulación funcional de los espacios, las sierras meridionales de La Rioja, incluidos Los Cameros, se han convertido en un 'locus amoenus' de los riojanos y también de los no riojanos, integradas como están en un difuso espacio urbano, "en un espacio urbano superior, dependiente, sobre todo de Logroño y de las ciudades vascas y navarras" (García-Ruiz 2009).

Estos y otros factores, para cuya consulta remitimos a los trabajos citados, han influido decisivamente en la actual pérdida de "diversidad y fragmentación" del paisaje (Lasanta 2010). Con matices que tienen que ver con la situación ecológica que legó ese modelo tradicional de explotación del medio en cada valle y cada ladera¹⁷, esa homogeneización puede considerarse como la más visible característica de la evolución reciente de los paisajes de Cameros.

El elevado ritmo de este proceso de simplificación transmite una imagen muy fidedigna de la celeridad con la que ha actuado la dinámica natural (Errea y Lasanta 2013). Así, y sin entrar en análisis de pequeña escala, en la cuenca del Leza sigue hoy el progresivo deterioro de las superficies abancaladas iniciado con el abandono masivo del modelo de agricultura de subsistencia. Mientras tanto, buena parte de la cuenca del Iregua ha conocido una rápida e intensísima recolonización arbórea espontánea (Lasanta 2010) que ha enmascarado buena parte de la obra humana en el paisaje. Una trayectoria histórica común en áreas lindantes que, sin embargo, y en función de las condiciones climáticas y edafológicas, nos muestran hoy dos realidades paisajísticas con rasgos divergentes. Este detalle debe reclamar nuestra atención. Difícilmente, incluso empleando los sofisticados métodos disponibles hoy en día para la caracterización de los ecosistemas del pasado, el grado de resolución analítica sería capaz de distinguir ese contraste en espacios tan próximos.

17. Por ejemplo, el alto Iregua, donde la menor presión agrícola y unas condiciones climáticas más favorables favorecen una intensa recolonización vegetal de especies tan exigentes como el haya (*Fagus sylvatica*), no dibuja la misma trayectoria que el Camero Viejo, marcado por la mucho menos visible colonización de especies arbustivas en los viejos bancales abandonados, que son una señal de identidad paisajística de las montañas mediterráneas (LASANTA, ARNAEZ, RUIZ Y LANA-RENAULT, 2013). La política de reforestación, que había dado resultados desiguales en el pasado (LASANTA Y ORTIGOSA 1992), prácticamente ha desaparecido (GARCÍA-RUIZ 2009).

3.3.3 Segunda lección para arqueólogos paisajeros: cincuenta años son un mundo

Las lecciones de los resultados de la evolución reciente de espacios ocupados con tanta intensidad no terminan ahí. Atender a lo que ha pasado en el paisaje camerano en los últimos años debe servir para adiestrar la mirada del arqueólogo en la densidad del tiempo. Es muy habitual enfrentarse al pasado con la muy instalada idea del cambio lento, del pausado flujo del tiempo que, casi inmóvil en el principio, se va acelerando conforme va acercándose al presente. A nuestros remotos antecesores les costó cientos de miles de años (con sus inviernos y veranos, sus días y sus noches) pasar de tallar las piedras sólo por una cara a tallarlas por las dos, el Neolítico no es un estadio instantáneo sino un proceso milenario que denominamos neolitización. Y, así, vamos enhebrando bloques históricos en los que el vector tiempo presenta una aceleración que tiende a ser constante y homogénea. En esa línea de pensamiento, el paisaje evoluciona, se adapta a los cambios climáticos y a la intervención humana, se modifica a la velocidad de un pezoso de tres dedos. Pero la realidad con la que nos hace topar la geografía es que cincuenta años son todo un mundo, un intervalo en el que la silente y activa maquinaria de los procesos naturales es capaz de ocultar bajo su manto la obra de los hombres o desvanecerla entre el residuo erosionado de parajes desolados. Cuando se está acostumbrado a medir el tiempo en siglos o en milenios y admitimos que cincuenta años son apenas un parpadeo, un margen de error asumible para, pongamos por caso, caracterizar un estrato de cronología neolítica, conviene tener muy presente lo que nos enseñan los geógrafos y los historiadores sobre el efecto de los fenómenos dictados por la naturaleza que acompañan al tiempo, que operan sobre el medio y sobre la obra humana en el medio. Estas lecciones sobrepasan los límites metodológicos y apuntan más a la necesidad de forjar una actitud distinta y previa a la formulación de ideas y estrategias de investigación. El pasado no está marcado por pulsos de aceleración constante que, siguiendo la optimista idea del progreso, desemboca en el hoy y va preparando el futuro para mayor gloria de la especie. El pasado no tuvo su objetivo en el presente.

Por supuesto, son circunstancias excepcionales las que rodean el proceso que lleva a Cameros de la febril actividad al desierto demográfico. Nunca tuvo la sierra más presión poblacional que en el Antiguo Régimen, nunca estuvo el paisaje serrano más intervenido que entonces, nunca fue tan complejo y compartimentado. Y, llegado el siglo XX, nunca tanta gente se marchó de Cameros dejando atrás la sierra para no volver o para volver sólo de visita, que es como no volver. Pero, por eso mismo, porque la huella en el paisaje de una ocupación tan intensiva y modificadora del medio, transcurrido algo más de medio siglo, es reconocible parcialmente y sólo si nos colocamos las lentes utilizadas por geógrafos e historiadores, debemos acercarnos al estudio de la relación entre los hombres y su medio en el pasado con el zurrón repleto de cautelas y un espíritu crítico muy agudo,

capacitado para forjar una actitud adecuada, apta para abrir nuestra mirada a la complejidad de la relación entre las culturas y su espacio.

4. EL PAISAJE DE CAMEROS DESDE LA ARQUEOLOGÍA: PROPUESTAS PARA SU ESTUDIO

4.1 Estrategias iniciales para el estudio arqueológico del paisaje de Cameros

Pese a que desde hace unos años el interés por el paisaje de la sierra camerana en el pasado ha empezado a despabilarse, no existe hasta la fecha ni un solo trabajo dedicado a los paisajes cameranos desde la arqueología (Tejado 2010). Eso no significa que no contemos con datos analíticos y yacimientos que han aportado información ambiental, pero hasta el momento carecemos de una iniciativa de sistematización seria sobre los tiempos en los que la acción humana intervino en los paisajes de la sierra. El reto no es pequeño habida cuenta de que tal empeño exigiría la coordinación de trabajos a largo plazo, especializados en los diversos periodos, y la aplicación de una base analítica transdisciplinar usada de forma sistemática, regular y adaptada a cada caso.

Desde nuestro punto de vista, el estudio arqueológico de los paisajes cameranos exigiría implementar dos tipos de estrategias.

4.1.1 Investigación de las condiciones medioambientales a través del tiempo

La primera de ellas está asentada en el conocimiento de las condiciones medioambientales en las que se desarrollaron las culturas que pretendemos estudiar. Tal como ha quedado reflejado en páginas anteriores, la analítica medioambiental ha alcanzado un alto grado de sofisticada precisión. Dejando a un lado la datación absoluta, que tiene su particular conjunto de técnicas, limitaciones y posibilidades y que debe asumirse como condición 'sine qua non' porque nos ofrece algo tan esencial como el cuándo, los estudios paleoambientales se asientan en las siguientes técnicas:

- la palinología y el estudio de los microfósiles no polínicos (conocidos como NPP -'non pollen palynomorphs'-hongos, algas, cianobacterias, etc. que entregan información muy rica e interesante sobre humedad, nivel trófico del suelo, presencia de incendios...-)

- análisis de macrorrestos vegetales (semillas y carbones) cuya presencia en los yacimientos nos informa sobre las bases alimenticias y el empleo de la madera para construcción de estructuras y como combustible en las poblaciones en el pasado. Además, los estudios sobre isótopos estables de carbono, oxígeno y nitrógeno en semillas y carbones permiten cuantificar la disponibilidad hídrica en los cultivos y sus condiciones nutricionales, aportando información sobre las condiciones climáticas (precipitación y déficit hídrico) del pasado.

- la arqueozoología o estudio de los restos animales, que suministra datos de alimentación y que, en el estudio de la microfauna, incorpora buenos indicadores ambientales.

- la dendroclimatología o estudio de los anillos de crecimiento anual de los árboles, sensibles a las condiciones climáticas, que registran las condiciones del desarrollo arbóreo en el pasado. Para ello es necesario contar con series, casi siempre recientes aunque cada vez más nutridas en la Península Ibérica.

- estudio de espeleotemas, es decir, estalactitas que en su lenta formación permiten extraer mediante complejas técnicas analíticas datos climáticos “archivados” con capacidad de resolución anual.

Todos ellos se presentan como métodos de gran potencial cara a obtener una información paleoambiental cualitativamente relevante, aunque el catálogo con capacidad para suministrar información complementaria por otras vías es más amplio (análisis de fitolitos, tafonomía, antropología física, paleogenética, paleodieta, análisis de contenidos de cerámicas...) (García Díez y Zapata, 2013) y puede estar indicado para las particularidades de cada caso. Los yacimientos con contenido funerario, por ejemplo, presentan características propicias para la aplicación de la amplia batería de técnicas asociadas a la antropología física, de enorme potencial y desarrollo vertiginoso en los últimos años, mientras que perderían peso otras técnicas que exigen un depósito estratigráfico sosegado. No se puede equiparar esta situación con, por ejemplo, el análisis de un silo medieval con contenido de restos antracológicos, carpológicos y zoológicos, que tiene una lógica interna propia, asociada a su decurso cronológico, estado de conservación y proceso de colmatación. Por encima de todo, es necesario manejar con prudencia una información que siempre debe ser interpretada a la luz de las condiciones de muestreo (tipo de yacimiento o depósito, situación, intermediación o no de acciones antrópicas, estado de conservación, idoneidad de la muestra...) y de los propios límites que impone cada técnica utilizada.

Los datos paleoambientales obtenidos fuera de medios arqueológicos a través de análisis polínico de columnas extraídas mediante sondeo geológico, tienen un gran interés. Tres de los cuatro lugares en los que se ha aplicado esta técnica en La Rioja se ubican en Cameros y corresponden a cronologías que incumben a la arqueología. El de la turbera de Hoyos de Iregua (Gil-García et al. 2002) (Figura 12) resulta especialmente interesante por su situación en el alto valle del Iregua y porque cubre un amplio tramo cronológico, desde el final del Pleistoceno hasta la actualidad, en el que cuadra la mayor parte de los yacimientos arqueológicos cameranos. El registro cuenta con tres dataciones radiocarbónicas, dos de ellas correspondientes a la base de la secuencia (Beta-76861 13.730 ± 60 16.687-17.037 Cal BP y Beta-83915 $285-190$ 12.970 ± 70 15.096-16.279 Cal BP) y una tercera bastante más reciente (Beta-76860 5060 ± 90 5606-5987 Cal BP). En general, se observa en el final del Plioceno un ambiente frío, dominado por un paisaje de estepa y presencia muy notable de pinos. El ambiente más cálido

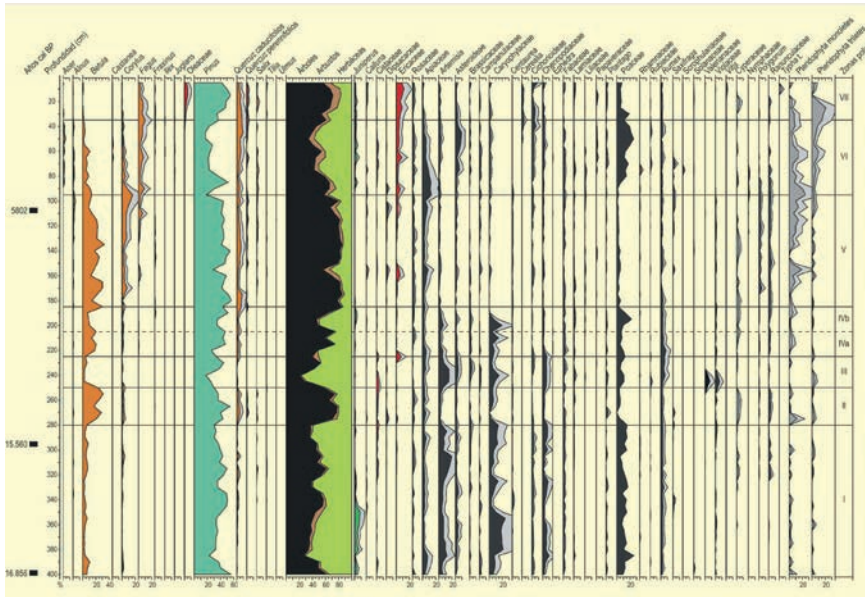


Figura 12. Diagrama polínico de Hoyos de Iregua. Tomado de Carrión 2012.

del Holoceno implica la proliferación del componente arbóreo: pino, que sigue siendo la especie dominante, abedul y roble en el Holoceno inicial y desarrollo muy importante del haya a partir del Holoceno medio. En la secuencia se detecta con claridad el impacto de la actividad antrópica bajo la forma de una menor presencia arbórea, aumento de taxones herbáceos asociados a la agricultura y detección de especies posiblemente cultivadas como vid, olivo y cereal (Carrión 2012). Los datos vienen a coincidir en líneas generales con otros dos análisis de sendas turberas cameranas en Laguna Nava (Lumbreras) y Laguna Ciega (Villoslada), que corresponden a fases más recientes del Holoceno (Gil-García et al. 1996).

Además de ello, contamos con trabajos realizados mediante estudio de espeleotemas. En las cuevas kársticas de Ortigosa de La Paz y La Viña se ha aplicado esta técnica con resultados desiguales para nuestros intereses. Pese a su escasa resolución radiocrométrica, con medidas de dispersión demasiado elevadas, muestran el enorme potencial de este tipo de analítica para la reconstrucción climática de periodos concretos (Muñoz y Sancho 2008) y, posiblemente, podría cubrir espacios cronológicos -todavía mal representados- en muestras de mayor resolución. La existencia de numerosas cavidades kársticas en Cameros dibuja un panorama prometedor.

Es preciso mencionar, igualmente fuera de contextos arqueológicos, los resultados dendroclimatológicos proporcionados por los trabajos de Saz y Creus (2001 y 2008). La combinación de la información recogida por el observatorio del Instituto Nacional de Meteorología de Haro, desde 1940 a 2006, con los datos sobre paleotemperaturas, registrados mediante técnicas dendro-

climáticas de anillos de árboles centenarios localizados en el Sistema Ibérico y los Pirineos, dibuja un escenario que permite seguir la evolución climática en esta zona desde finales del siglo XIV. El carácter regional de estos estudios permite su extensión a zonas cercanas, como es el caso de Cameros, pese a las notables diferencias climáticas entre las dos áreas, que exigirían factores de corrección. En cualquier caso, la información recuperada es armónica con un patrón evolutivo similar “que hablaría a favor de la existencia de una señal climática común” (Saz y Creus 2008) y la detección de fases climáticas como la Pequeña Edad de Hielo -entre inicios del siglo XVI y el siglo XIX-, aunque la resolución cronológica de la técnica permite seguir con mayor precisión la evolución del clima en un entorno determinado.

Por otro lado, los datos paleoambientales obtenidos en yacimientos arqueológicos se resumen en dos únicos casos. Los muy pobres resultados del estudio palinológico de la cueva de Peña Miel Inferior (López García, 1987), con mala conservación de los taxones representados, detectan un ambiente estepario sin demasiados matices para una fecha de alrededor de -45.000 años. En el dolmen de Collado del Mallo (Trevijano) se estudiaron palinología y antracología, técnicas que entregaron resultados muy positivos en lo que respecta a la coherencia interna de la secuencia estratigráfica y cronológica del dolmen (entre mediados del IV milenio cal BC y finales del III milenio cal BC), pero no demasiado elocuentes en lo que se refiere a la reconstrucción paleoambiental, debido a las limitaciones de la analítica antracológica (dada la intermediación antrópica en la selección de materia combustible) y la dudosa representatividad de las muestras de pólenes (a causa de las características de un yacimiento funerario colectivo en el que se introducen a lo largo de distintos periodos nuevos enterramientos que aportan sus propios contenidos polínicos) (López de Calle, Iriarte y Zapata 2001) (Figura 13).

Sería necesario, por tanto, ampliar la base informativa con más y mejores secuencias fuera y dentro de estaciones arqueológicas que permitieran un acercamiento preciso a las épocas estudiadas. Ello pese a que las líneas generales del curso ambiental, con la importante laguna de la escasez de datos anteriores al Holoceno, están trazadas.

Finalmente, los estudios de base histórica mediante la consulta de información documental y de diccionarios históricos entregan una visión comparativa de gran interés para periodos más recientes. Citaremos los trabajos de Rafael Fernández Aldana (1990, 2001), como ejemplo de las intensas modificaciones y cambios que el componente arbóreo ha sufrido en los últimos siglos.

4.1.2 Comportamientos y prioridades espaciales de las sociedades en las fases estudiadas

Obtenida esa información general, es necesario reparar en los rasgos genéricos, comportamientos y prioridades espaciales de las culturas analizadas y en las estrategias de investigación adecuadas a cada caso. La habitación del entorno de los grupos musterienses, marcados por la movilidad y

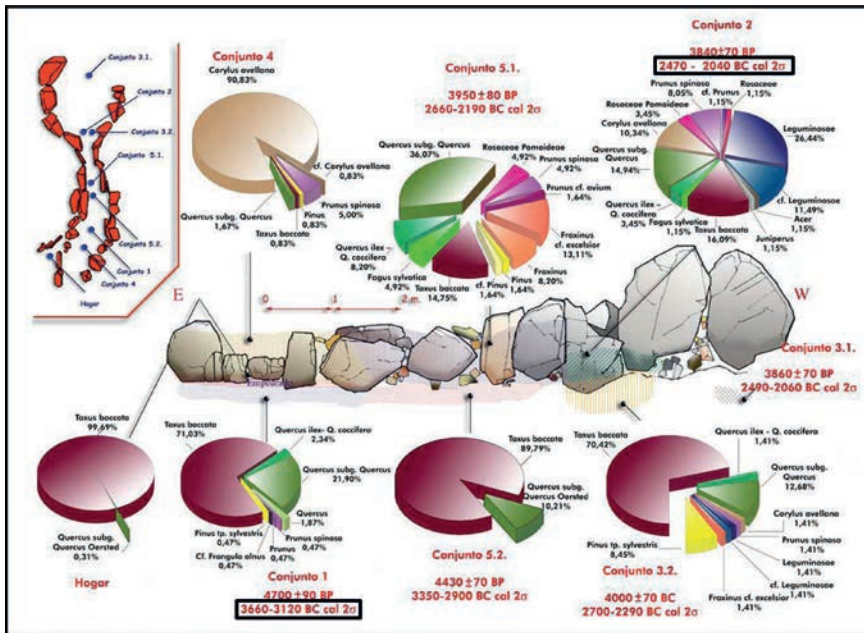


Figura 13. Situación, representación porcentual y cronología de los conjuntos antracológicos del dolmen de Collado del Mallo (Trevijano). Tomado de López de Calle, Iriarte y Zapata 2001.

un impacto mínimo en el entorno natural (Peña Miel Inferior -Utrilla 1987-), es completamente diferente a la que ponen en práctica muchos milenios después los grupos de agricultores y ganaderos del neolítico que intentan modificar el medio en beneficio propio y son capaces de levantar las primeras arquitecturas con intención de permanencia y memoria (Barrios 2005, López de Calle 1993, López de Calle, Iriarte y Zapata 2001). Pero tampoco responde al mismo propósito la implantación vigilante de un castillo alto-medieval andalusí como el de Clavijo (Gil Zubillaga 2001, Moya, Ruiz Navarro y Arrúe 1992, Ruiz Navarro 1990, Sabrás 2006, Tejado 2010), que el sutil control territorial de los benedictinos de San Prudencio de Monte Laturce (García Turza 1987, y 1992, Téllez 2011), pese a que entre ellos medie una corta distancia y un breve lapso temporal.

4.2 Planteamientos para el estudio territorial de tres tiempos desde la arqueología en Cameros

Planteamos en las siguientes páginas tomar como ejemplo estos tres periodos para proponer un acercamiento metodológico que tantee las bases sobre las que se podría asentar un estudio del paisaje en tres situaciones históricas que, con seguridad, conocieron condiciones ecológicas y culturales muy distintas. Pedimos comprensión para la lectura de las páginas siguientes, pues es literalmente imposible trazar, ni siquiera en un resumen precipitado, todos los aspectos asociados al paisaje de tres momentos cuya simple síntesis se deja en el tintero aspectos fundamentales.

4.2.1 El Paleolítico

El Paleolítico es la etapa más larga de la historia, algo menos de tres millones años, que son años. Por ella discurrieron las especies de homínidos y hombres que nos antecedieron y por ella peregrinó nuestra propia especie -que surgió en el hogar africano hace unos doscientos mil años-, hasta hace sólo diez milenios, cuando empieza a apuntar la fase neolítica, que es, como veremos luego, otra cosa muy diferente. La existencia de un yacimiento paleolítico en Cameros (la cueva de Peña Miel Inferior, Nieva, con industria del Paleolítico medio musteriense, fechas que remiten a 45.000 años antes de hoy, y habitada por neandertales -Utrilla 1987-), permite dirigir el foco hacia las peculiaridades del comportamiento territorial que acompañan a estos pequeños grupos de cazadores recolectores y al medio ambiente en el que desarrollaron sus modos de subsistencia.

Las circunstancias a las que se enfrenta un estudio territorial del Paleolítico han sido muy bien resumidas por Fernando Díez Martín (2007). Si el análisis del paisaje arqueológico está mediatizado por las múltiples cortapisas que hemos querido poner de manifiesto en las páginas previas, su aplicación a las particularidades que para la investigación manifiestan las más remotas sociedades de cazadores-recolectores muestran matices aún más complejos. De partida, los análisis en los que se maneja un concepto neutro del entorno (en la línea espacial del procesualismo), se aplican a los momentos paleolíticos con prodigalidad y, de hecho, representan la vía designada normalmente para analizar la relación entre los humanos y su medio en estos periodos, particularmente en las fases más antiguas. De momento, el paisaje -en el sentido postprocesual de percepción del entorno- no es objeto de interés preferente por parte de los paleolitistas o, si lo es, no ha dado lugar, que conozcamos, a un discurso epistemológico elaborado (Criado 1993, Díez 2007). Ello es debido a las dificultades que conlleva su aplicación a momentos en los que la relación entre los humanos y el medio natural (y aquí el sentido de la expresión sería perfectamente válido) está regida por la adaptación. La Arqueología del Paisaje, como corriente teórica postprocesual, nació ligada al estudio de sociedades de economía productora que intervienen activamente en el entorno, que lo modifican para su provecho, que dejan testimonios de esa modificación como efecto de la humanización del territorio. Ahí ha demostrado el postprocesualismo sus fortalezas y debilidades, pero el horizonte que perfilan las sociedades predatoras corresponde a un juego con reglas distintas. El propio concepto de percepción viene condicionado por la capacidad cognoscitiva y el comportamiento de los humanos a los que estudian los paleolitistas y paleoantropólogos, especies distintas a la nuestra hasta el final del periodo. Aunque ello no signifique que nuestros ancestros carecieran de capacidad simbólica, es opinión común que el paisaje constituye una cláusula previa y no una construcción social en la que intervienen activamente los grupos que ocupan el territorio. De esa manera se entiende la expresión "paisaje ausente" aplicado a estos periodos desde el postprocesualismo (Criado 1993).

Por otro lado, las cronologías de estos periodos (especialmente el Paleolítico inferior y medio) están referidas a un abanico temporal amplísimo que los sistemas de datación no son capaces de reducir a entidades racionalmente manejables para quien debe tratar con la acción de humanos que sólo vivieron una vida. El espejo etnográfico, en el que a menudo se ha mirado el estudio del Paleolítico, describe los ciclos anuales y los itinerarios de los grupos de cazadores-recolectores, pero topa en el campo arqueológico con el problema de la falta de instantes, de “ahoras”, de la escasa densidad de acontecimientos en el tiempo que somos capaces de registrar, de la cualidad inconstante, soluble y leve del tiempo paleolítico. Los datos adquiridos en los yacimientos navegan en estas fases como un naufrago en mitad de un océano de discontinuidad. Duración, sucesión y simultaneidad han sido conceptos fundamentales para ordenar el discurso general de la arqueología como disciplina histórica que, sin embargo, los paleolitistas ven como un horizonte inalcanzable o muy excepcional, forzados a negociar con otros conceptos temporales como los de continuidad y cambio (o sincronía y diacronía en el sentido que planteó el padre del funcionalismo antropológico, Alfred Radcliffe-Brown -Díez 2007-). Nuestra aspiración debe ir encaminada a entender la regularidad de la explotación territorial de estos grupos, sin que, en una valoración realista, podamos ir de momento mucho más allá.

Y si aplicamos esa búsqueda de comportamiento territorial a un caso como el de la cueva de Peña Miel Inferior, conocida desde el siglo XIX, expoliada en algunas ocasiones por aficionados de fin de semana y algún insigne arqueólogo también de fin de semana, y excavada en los años ochenta por Pilar Utrilla en intervención regular (Utrilla 1987), entenderemos que con un único lugar no basta. El análisis territorial debe aplicarse a diferentes escalas, desde el ámbito más próximo a cada yacimiento que contenga secuencias estratigráficas hasta el espacio de medida macro o regional, que no entiende de circunscripciones administrativas ni realidades ecológicas actuales, en pos de información dispersa en áreas de generosas dimensiones. Por ello, y como señala Díez, los estudios macro deben partir de una prospección adecuada que no limite el estudio a las estratigrafías excavadas, pese a las severas limitaciones que arrastran los yacimientos de superficie de estos periodos (alteraciones postdeposicionales, incertidumbre cronológica, parcialidad de la información...). Los objetivos de una investigación territorial referida a grupos paleolíticos antiguos deberán centrarse en cuatro aspectos fundamentales: selección de recursos, movilidad, demografía y territorialidad entendida como control sobre recursos críticos (Díez 2007).

Una completísima estrategia de investigación referida a los paisajes del Paleolítico superior del valle del Asón, en Cantabria (y en la que también se da cabida a ese factor simbólico asociado a la Arqueología del Paisaje merced a la posibilidad de integrar en el conjunto estaciones con arte rupestre), es la que expone García Moreno (2010) en su tesis doctoral, aplicada con buenos resultados a las estaciones de El Horno (Ramales, Cantabria) y Arlanpe (Lemona, Vizcaya) (García Moreno 2013, García Moreno y Fano 2011). Partiendo de la integración de la información territorial en un Sistema

de Información Geográfica, que permite el establecimiento de correlaciones entre distintas variables de las que es posible extraer información concluyente, se plantean en estos estudios tres objetivos principales:

- análisis territorial (que analiza las pendientes, la insolación potencial, la visibilidad desde cada yacimiento y el coste acumulado del movimiento),
- la predicción de la distribución potencial de la vegetación arbórea
- la predicción de la distribución potencial de la fauna de ungulados.

La aplicación de una estrategia similar a la de García Moreno, adaptada a la situación de Cameros, debe reparar en la existencia de yacimientos de gran interés correspondientes a estos periodos en la propia comunidad autónoma de La Rioja (en los valles de Najerilla y Cárdenas, por ejemplo) y zonas adyacentes (los conocidos trabajos de la burgalesa sierra de Atapuerca).

4.2.2 El Neolítico

El Neolítico y los procesos relacionados con él decretan una de las más determinantes bisagras del devenir humano. Tomado el desarrollo neolitizador en el completo escenario geográfico circummediterráneo, el límite inicial -hace unos 10.000 años, originado en el Próximo Oriente asiático- nos dejaría ver a las últimas sociedades itinerantes que practican todavía la caza y la recolección y que aprovechan con mucha intensidad los recursos de unos territorios que han ido menguando, probablemente por presión poblacional. Tres mil años después, casi en cada rincón de Europa se ha consolidado la presencia de sociedades agropastoriles que muestran gran vigor demográfico y una contrastada tendencia a hábitats más estables, aunque habitualmente no sean del todo permanentes, y el desarrollo de actividades en marcos territoriales aún más estrechos. La neolitización empieza a ser comprendida en su compleja articulación y todo parece indicar que el proceso fue más homogéneo de lo que era opinión común hace unos años, pese a que persisten interrogantes muy básicos sobre los procesos que dan lugar a tan intensas transformaciones en el hogar inicial del neolítico mediterráneo (Whittle 2012) y el proceso de integración o convivencia de/con las últimas sociedades cazadoras-recolectoras en el resto de territorios. Como es lógico en un proceso tan distendido, la arqueología registra especificidades culturales, desarrollos regionales y cronologías diversas, pero en general se percibe el rápido éxito de una forma de vida, completamente distinta a la de los cazadores, que se aplica afanosamente en el cultivo de especies vegetales domesticadas (cereales y leguminosas principalmente) y animales (ovicaprinos, vacunos y también ganado porcino, introducido como parte del conjunto doméstico) (Halstead 2012) cuyos agriotipos se encuentran en el levante mediterráneo y que, por lo tanto, fueron incorporándose a paso lento desde allí, sin que haya espacio aquí para evaluar los mecanismos de tal difusión. En el transcurso de estos tres milenios, la relación de los hombres con sus ecosistemas sufre una completa e irreversible modificación que

perdura hasta la actualidad, al franquear el límite de una economía de predación (caza-recolección) y establecer otro de producción de alimentos que conlleva un cambio sustancial de mentalidades y, por lo que aquí interesa, de los modos de ocupación territorial.

Los datos no demasiado abundantes del neolítico antiguo de Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros) y los meramente testimoniales, aunque muy sugerentes, del estrato inferior del dolmen de Collado Palomero I (Barrios 2004 y 2005, Pérez y López de Calle 1988), apuntan hacia la relación de los primeros agricultores y ganaderos de la sierra con grupos próximos, conocidos a través de yacimientos mejor conservados de zonas limítrofes como la cueva de Peña Larga (Cripán, Álava), el asentamiento de Mendandía (Treviño, Burgos) o el impresionante conjunto (poblado y necrópolis) de Los Cascajos (Los Arcos, Navarra) (Alday, Montes y Baldellou 2012). De momento, y pese a que existen algunos leves indicios de poblamiento al aire libre en zonas altas y despejadas (Barrios 2005), la información disponible sobre el neolítico más antiguo de la sierra es demasiado parca para esbozar una línea de interpretación paisajística. Debemos esperar hasta que puedan incorporarse otros asentamientos y trabajos de campo que permitan elaborar un discurso más sustancioso sobre el carácter de un hábitat que, en Cameros, podría tener un carácter estacional o de permanencia inconstante habida cuenta de las condiciones climáticas de la sierra y los breves datos de Collado Palomero I, para el que hemos defendido un carácter funerario que quizá deba ser reevaluado a la luz de diferentes criterios (López de Calle y Pérez, 1995).

Mucho más factible se presenta la aplicación de cualquier estudio espacial a los dólmenes, sepulcros monumentales colectivos que surgen en fases maduras del Neolítico y se mantienen, con discontinuidad y sujetos a “pulsiones funerarias”, a lo largo de más dos milenios (Andrés 1998) (Figura 14). Su implantación en el paisaje ha recibido desde siempre la atención de los especialistas. En la arquitectura megalítica interviene de forma decisiva su carácter funerario, pero sus implícitos mensajes son más. Y más diversos. Arbitrada la arquitectura por el sentido de comunidad y pertenencia al grupo, el megalitismo es el primer intento incontrovertible de dejar un patente rastro material de la memoria colectiva (memoria proyectiva, dirigida hacia el futuro) en el espacio. No es fácil determinar cuáles fueron las razones que impulsaron a las poblaciones neolíticas a emplearse con semejante denuedo en una arquitectura tan excesiva y tenaz, que parece certificar una especie de ansia de eternidad, de construcción de un escenario arquitectónico invulnerable al paso del tiempo, algo que, obviamente, no ocurre con una arquitectura doméstica más frágil e inconstante. El megalitismo contrasta también con las manifestaciones funerarias del primer neolítico, en general discretas, a menudo individuales y carentes casi siempre de expresión arquitectónica. El ingente número de dólmenes en Europa, la aparente simultaneidad del primer brote de las arquitecturas megalíticas en espacios geográficos muy distantes, esa patente intención de dramatizar su relación con el espacio



Figura 14. Diversas imágenes del dolmen de Collado del Mallo (Trevijano). Fotografías de Carlos López de Calle.

circundante, su volumen colosal y su carácter socialmente colectivo¹⁸, entre otras, son circunstancias que han dado pie a los especialistas a proponer distintos discursos argumentales. En todos los casos se subraya el tenor simbólico de unas construcciones erigidas sobre la forzosa condición de la capacidad social de previsión, coordinación e inversión de esfuerzos comunales que se antojan casi desproporcionados.

En Cameros, a pesar de su corto número -apenas nueve ejemplares excavados más otro número similar reconocido en prospección y todavía no intervenidos en excavación (repárese en que el número de este tipo de yacimientos en el entorno próximo a la comunidad autónoma de La Rioja ronda el millar)-, el interés de sus sepulcros megalíticos procede en gran parte del reconocimiento en excavación de estratigrafías muy elocuentes que ordenan su ocupación en tiempos sucesivos certificados por una nutrida serie radiocronológica -que sin embargo no es demasiado precisa- entre inicios del IV milenio cal BC y el II milenio cal BC (López de Calle y Pérez 1995, López de Calle, Iriarte y Zapata 2001). Su heterogeneidad formal viene asociada en ocasiones a ritos de expresión muy heteromorfa (mayoritarias inhumaciones, cremaciones, enterramientos secundarios, clasificaciones de restos, trasiego de huesos, hogares fundacionales...) y a clausuras material-

18. Como muy acertadamente explica Teresa Andrés (1998), la muerte es individual. Lo que es colectivo es su celebración en el seno de la comunidad.

zadas mediante vigorosos procedimientos¹⁹. Inauguran las clausuras de los megalitos otro tiempo y otro uso social y esa circunstancia debe dar pie a pensar sobre un género de lógica espacial en la que las tumbas significan al paisaje como un entorno articulado, interpretado desde algunas de las tramas más básicas de la peculiaridad humana (Andrés 2000, López de Calle e Illaraza, 1997, Narvarte 2005). Por un lado, la subsistencia -llamémosle economía- y, por otro, la capacidad de simbolización concretada en el caso de los dólmenes en una permanencia que parece empeñarse en la inmanencia, en la inseparabilidad del espacio y los que lo hollaron en el tiempo. Asistimos a la creación de un paisaje donde las comunidades neolíticas escriben una historia de claves tan subyugantes como de complejo acceso.

Un estudio de los paisajes megalíticos debe establecer dos tipos de discusión o, de otra manera, pasar por dos fases:

- Patrones cronológicos de implantación y uso de los dólmenes. La base imprescindible para intentar acercarse a las intencionalidades espaciales de las poblaciones que erigieron dólmenes procede de un correcto alineamiento cronológico de sucesos significativos simples, basados en la dicotomía presencia/ausencia de las tumbas y de sus ocupaciones funerarias, que son los únicos trazos detectables arqueológicamente pero seguramente no los únicos. La amplitud cronológica del fenómeno megalítico es excesiva para proponer que todos los dólmenes de un territorio funcionaron desde el primer momento y a la vez. Determinar sobre datos razonables qué sepulcros actuaron en sincronía en el paisaje es clave para entender su articulación territorial. La detección de regularidades en los “comportamientos” deducibles de cada caso tenderán a ofrecer, en conjunto, un panorama regido por una creciente complejidad en el tiempo: aunque un dolmen deje de recibir restos funerarios, se mantiene presente en el paisaje, queda como un testigo callado pero respetado, mientras otros dólmenes son objeto de nuevas ocupaciones.

Se trataría, en lo concreto, de establecer una secuencia que distinga los momentos previos a la construcción, los momentos de edificación, los que corresponden a un uso marcado tanto por fases funerarias activas como por largas e inmóviles cesuras y el episodio final de clausura. Con algunos casos que suscitan dudas por falta de datos fiables o por simple carencia de arquitectura (por ejemplo Uñón, en Clavijo, La Hoyuela, en Almarza y Peña Guerra III, en Nalda), todo apunta a la edificación primaria de las arquitecturas megalíticas en Cameros en un Neolítico poco posterior al 4.000 cal BC y la continuidad de la actividad funeraria, en casos concretos hasta más

19. En el caso de Portillo de los Ladrones, que no es el único pero quizá el más significativo, se detectó, pese a su mala conservación, un complicado protocolo consistente en el premeditado incendio, probablemente mantenido a lo largo de varios días, de las estructuras de madera que contenían restos humanos (¿una “casa de los muertos?”), su sellado mediante una espesa capa de cal y la ocultación de todo el conjunto bajo un túmulo de piedras y tierra de 17 metros de diámetro aparejado en estratos constructivos diferenciados (LÓPEZ DE CALLE 2002).

allá del Calcolítico²⁰ (López de Calle 1993). Estas tendencias genéricas no son suficientes y aconsejan la obtención de datos más precisos. Aunque en algunos ejemplos es evidente su implantación sobre áreas antes ocupadas por gentes de economía neolítica (Collado Palomero I y Collado del Mallo al menos, característica repetida en otras muchas estaciones dolménicas donde se reconoce actividad anterior), no está claro qué fueron en realidad esos estratos previos, si restos de fases funerarias sin materialización constructiva conservada o lugares de habitación.

La analítica radiocronológica se plantea, pues, como columna vertebral de la investigación de la espacialidad de los dólmenes al demarcar las líneas básicas del juego cronológico entre horizontes comparables. La precisión alcanzada por la radiocronometría AMS invita a utilizar sistemáticamente esta modalidad del método, teniendo presente que las muestras deben pertenecer a estratos perfectamente identificados y corresponder, si ello es posible, a organismos biológicos de vida corta²¹. La obtención de muestras debe dirigirse a los paleosuelos que se conservan bajo los dólmenes, a estratos constructivos, a las distintas fases estratificadas de uso de los dólmenes y a los estratos de clausura. Ello permitiría crear horizontes susceptibles de relación cruzada en casos en que tales horizontes estén presentes y hayan podido ser identificados.

- En el segundo paso interviene de pleno la interpretación arqueológica, condicionada por las claves suministradas por los paradigmas epistemológicos defendidos por el intérprete. No es lo mismo entender los dólmenes como síntoma de territorialidades encadenadas a la economía (De Carlos, 1989), intentar una fenomenología de la percepción de los paisajes monumentales (Tilley 1994), que declinar la posibilidad de concretar con seguridad la espacialidad dolménica por la falta de regularidad que implica su relación con una simbología inaccesible desde el aquí y el ahora (Andrés 1998).

En cualquier caso, sería bueno aclarar si existe una configuración territorial previa al hecho funerario, en caso positivo proponer claves que

20. En algunos ejemplos esta reocupación tiene lugar tras la clausura o inhabilitación del monumento, en otros se aprecian ciertos signos de continuidad, en general con un visible respeto de las ocupaciones anteriores. Los espacios sepulcrales de los dólmenes de Cameros están muy lejos de adaptarse a la tradicional imagen de amasijos indescifrables de huesos, producto adherido a su uso continuado.

21. La analítica radiocarbónica mide el contenido de Carbono 14 de las muestras. Cuando un organismo muere, cesa de acumular el isótopo. Los físicos "pesan" el contenido de C_{14} de la muestra desde la muerte del organismo, de manera que las muestras de madera quemada pueden ofrecer resultados perfectamente correctos y, sin embargo, aberrantes o confusos arqueológicamente. Aunque la cosa es más complicada, digamos que con un análisis sobre madera quemada podemos estar concretando una fecha (la de la muerte del organismo) muy anterior a su introducción en el contexto estratigráfico en el que yace. Este 'old wood effect' no ocurre con organismos de vida corta: restos óseos humanos o animales, semillas o especies vegetales de ciclo anual o vida corta. Dependerá la calidad del resultado en este caso sólo de asegurar correctamente la pertenencia de la muestra al estrato que se pretende fechar y no de otros factores.

accedan a la comprensión de esa configuración y, sobre esa base, intentar entender cómo modifica el paisaje la construcción de los dólmenes y qué implicaciones territoriales conlleva una continuidad modelada por la elección de unos sepulcros y no de otros: asimilación en una entidad territorial mayor, fracturas poblacionales, apropiaciones, un improbable abandono sin significación territorial... Un planteamiento difícil de llevar a la práctica para el que el megalitismo de Cameros, sin embargo, pudiera constituir un excelente banco de pruebas.

4.2.3 El Alto Medioevo

4.2.3.1 Vivir, morir, guerrear. El paisaje altomedieval de los asentamientos, de las necrópolis y de los ‘castra’

El estudio del paisaje medieval desde la arqueología ha cimentado en los últimos años ambiciosos protocolos de actuación, que, alejados de los clásicos debates entre medievalistas que dirigen su interés a la documentación, y muy pendientes, sin embargo, de todo lo que sea información -incluida la documental-, han abierto la posibilidad de analizar y confrontar la realidad material en el amplio sentido del término (Quirós 2011, 2012, 2013, Quirós y Tejado 2013). Los paisajes altomedievales, formando parte de esta realidad, exigen una atención acorde con el interés que han puesto de manifiesto recientes y muy fértiles intervenciones en ámbitos amplios que integran en el discurso arqueológico “los procesos de formación y abandono de las redes de asentamientos, la coexistencia con otras formas de organización social del espacio, las formas de jerarquización del poblamiento...” (Quirós 2007), en un planteamiento que subraya el carácter arqueológico de los datos a los que se aplican estrategias de análisis arqueométrico y bioarqueológico, tradicionalmente reservados al estudio de fases prehistóricas, con resultados más que interesantes.

Estas iniciativas, vinculadas al poblamiento de los vivos, vienen acompañadas de estudios sobre las características del comportamiento territorial asociado a los enclaves funerarios. Reiteran, con importantes matices, muchos de los elementos que ponen en juego los dólmenes: construcción de memoria, conciencia comunitaria, relación con espacios productivos, propiedad territorial, convivencia de significados. Es un discurso asentado también en el peso de los factores arqueológicos y las observaciones espaciales que rompe con el tópico de la asociación entre enterramientos y centros de culto religioso, que sólo en fases avanzadas son objeto de interés del control eclesiástico (Martín 2012).

Las perspectivas que ofrece en la actualidad un análisis territorial en esta época para Cameros han sido abordadas por José María Tejado (2010) en su tesis doctoral. La cruda realidad de las escasísimas campañas de excavación realizadas y la casi nula investigación territorial de la implantación de las sociedades medievales, no ya en Cameros sino en toda La Rioja, concede a su trabajo, centrado en los resultados arqueológicos de la excavación del

yacimiento del Castillo de Los Monjes en Lumbreras, un carácter pionero. En ocasiones -como es el caso-, faltan datos pero podemos lanzar las preguntas adecuadas. Los interrogantes que el análisis territorial suscita, en su versión de dominio militar entre los siglos VII y X, giran en torno a tres asuntos generales (Tejado 2010):

- la existencia de una red de comunicaciones previa, de época romana, en la que prima el eje este-oeste materializado de manera muy visible en la calzada del Ebro.
- el surgimiento de otros intereses territoriales en relación con la aparición de un poder “débil” en los siglos VI y VII que convierte a los valles meridionales de La Rioja en vías de acceso hacia el sur fortificadas mediante redes de ‘castra’ militares.
- el aprovechamiento parcial de estas redes por el poder surgido de la nueva situación creada tras la instalación del poder emiral en Córdoba y de la muy marcada autonomía de los jefes de las marcas, que plantean un control territorial ligeramente distinto, primando determinados puntos de las redes de ‘castra’ sobre otros, que son abandonados.

4.2.3.2 Dominar: los tiempos compactados en las crestas de Monte Laturce. La demostración y el camuflaje del poder en las puertas de Cameros

Nos hemos permitido el módico lujo de mirar un punto en el límite septentrional del espacio entre Iregua y Leza que aquí hemos considerado. Sólo un punto, un tiempo breve y dos maneras de capturar el entorno.

La imponente presencia de Monte Laturce constituye el escenario en el que repara cualquier indolente mirada desde la periferia meridional logroñesa (Figura 15). Punto convergente de los valles de Iregua y Leza, la inquietante belleza emergente de los antiguos fondos marinos del Jurásico es difícilmente eludible. Más aún si una de sus principales crestas verticales remata en una construcción, apenas identificable si no fuera por su aspecto rectilíneo y descolorido. Ese significado lugar, siempre visto y desde donde todo se ve, es la sede de un antiguo castillo y su topónimo no parece renegar de su aspecto: Clavijo.

El castillo de Clavijo no sólo es un fantástico mirador elevado sobre una pared vertiginosa que llama a la escalada. Además de ser depositario de la romántica fascinación que emana de las piedras viejas, Clavijo es uno de los principales referentes patrimoniales riojanos. Solar de míticas batallas, incluso de epifanías santiaguinas, Clavijo marca el simbólico pistoletazo de salida en la historia de una sociedad que, como tantas otras, necesitó ser inventada muchos siglos después, cuando hubo de cimentar su modernidad en su “aderezada” antigüedad. Anticipando conceptos que desarrollaremos



Figura 15. El Castillo de Clavijo. © Criadores de Rioja S.L.

después, diremos que Clavijo es un castillo roqueño de origen andalusí²². Más que de castillo, debemos hablar de ‘hsun’, una modesta fortaleza que formaba parte de una extensa y compleja línea defensiva distribuida por toda la geografía riojana²³. Parte integrante de un conjunto de atalayas, de faros, cuya intercomunicación garantizaba el control militar de este sector de La Marca de Al Andalus (‘al-Tagr al-a ‘lá’)²⁴. Aunque metáfora de la mirada escrutadora del emir cordobés, lo que jalonaban los baluartes fronterizos del Islam era el amplio dominio de la familia muladí de los Banu Qasi, los antiguos terratenientes hispanorromanos e hispanovisigodos del alto Ebro, quienes hasta bien entrado el siglo X eran los verdaderos señores de la Marca, aliados de Córdoba o Pamplona según cursara la dirección y potencia del viento de los tiempos.

Una larga centuria se mantuvo vigente la estrategia defensiva de los valles más occidentales de aquel vasto dominio. Todo cambió hacia el año 923, cuando el leonés Ordoño II y el navarro Sancho Garcés tomaron, por separado, Nájera y Viguera, las dos “ciudades” fronterizas del Islam. Al pun-

22. Habitualmente, evitamos utilizar la palabra “origen”. Como puede verse, no siempre lo conseguimos. Desde luego, muchos fueron los que vivieron, trabajaron y otearon los humos y las luces norteñas desde la cresta que hoy llamamos Clavijo. Muchos y desde mucho antes que los jinetes bereberes hicieran suya Al Andalus.

23. Como suele ser habitual en los edificios históricos, el aspecto actual del castillo de Clavijo no se corresponde con el de la inicial torre andalusí. Aunque también medievales, los lienzos y las torres semicirculares son añadidos posteriores. Haremos constar que la primera referencia escrita al castillo de Clavijo data del año 960, cuando ya se encontraba en manos de los reyes de Pamplona.

24. Esta red defensiva era especialmente densa en el valle del Cidacos, articulada alrededor del formidable castillo de Arnedo. Sus atalayas subordinadas eran las de Enciso, Quel y Autol, aunque la segunda fue completamente transformada siglos después.

to, la trama de atalayas de su área de influencia cayó en manos cristianas y todas ellas fueron reconvertidas en tenencias capitalizadas por los más cercanos al monarca de Pamplona. Como consecuencia de ese súbito desmoronamiento, los valles del Najerilla, Iregua y Leza pasaron a formar parte de la esfera de influencia navarra, tan precario había sido el control de unos dominios cuya cohesión territorial no excedía de los modos de vasallaje establecidos entre sus pobladores y la voluble dinastía de los Casios.

Aun admitiendo que la expresión no evita la generalidad, todo parece indicar que inmediatamente después de la conquista de Viguera y de la institución del señorío de Cameros fue fundado por Sancho Garcés el monasterio de San Prudencio de Monte Laturce. Sí, el lector ha leído bien: el mismo Monte Laturce. Fue fundado casi inmediatamente después de su conquista y casi exactamente en el mismo lugar, apenas a mil doscientos metros al este de la antigua atalaya andalusí, encajado en un angosto barranco que hoy lleva por nombre Fuentezuela. Huérfano de estudios patrimoniales -con la notable excepción de los trabajos de documentación geométrica incentivados por José Manuel Valle (Valle 2012)-, lugar abandonado desde el siglo XIX, derrumbadas su fábrica y la estructura aterrazada del antiguo monasterio, apenas se adivina entre los escombros²⁵. De hecho, el profundo calado de su trayectoria histórica es prácticamente desconocido para la sociedad riojana.

En apariencia, las tierras de los Banu Qasi y las tierras de Sancho Garcés eran las mismas. Feudo de los primeros hacia el año 922, posesión del segundo en el 923. Desde las cumbres peñas calizas de Monte Laturce, Lubb ibn Muhammad y Fortún Ochoa habían contemplado la misma vista, el mismo panorama, el mismo escenario. El último grande de los Casios y el primer señor de Cameros tenían ante sí los mismos bosques, los mismos ríos, cultivos, pastos, norias, caminos... En apariencia, todo idéntico y, en realidad, todo distinto.

Por supuesto, los pamploneses y tras ellos los castellanos, renovaron las defensas del castillo de Clavijo, añadieron lienzos, torres y, muy probablemente, guarnición. Continuistas y pragmáticos, los reyes cristianos no renegaron de su simbólica presencia, de su función militar y representativa. Los nuevos patrones no eran ni querían ser los señores de una marca cristiana. De hecho, aquella indefinida comarca ya nunca más sería la Marca. La naciente dinastía Jimena tenía ambiciosos objetivos cuyas miras iban mucho más allá de la mera pacificación y control militar de sus extendidos confines. Sancho Garcés y sus sucesores quisieron poner nombre, regir, organizar y

25. Al igual que el castillo de Clavijo, el Monasterio de San Prudencio que fue desamortizado y abandonado en el siglo XIX era el resultado de un continuo proceso de reformas y ampliaciones. A falta de un estudio arqueológico detallado, apenas nada podemos decir de las instalaciones que pudiéramos considerar "originales". Si ha sido argumentada la posible estética protogótica del templo levantado por el Cister en el siglo XII, su conversión en cripta cuando fue edificado el imponente edificio del siglo XV.



Figura 16. El monasterio de San Prudencio de Monte Laturce. Fotografía de José Manuel Valle.

explotar un verdadero territorio situado allende el Ebro. Su nombre, el señorío de Cameros.

En pos de ese objetivo fue instituido el Monasterio de San Prudencio de Monte Laturce (Figura 16). Su fundación supuso la creación de un modelo de gestión para un territorio sobre el que el rey había de ejercer su soberanía plena, un rey que habría de serlo de una tierra y un 'demos' definidos, organizados y jerarquizados. Esta lejana aspiración tomaba forma en la esfera de lo económico gracias a la acción de los monjes y, sobre todo, merced a la misma circunstancia, era cimentada en la esfera de lo ideológico y lo cultural también gracias a la acción de esos mismos monjes, quienes ayudaban al modelado de un mundo a la vez que se segregaban de él, sumergidos tanto en sus letanías como en las escondidas entrañas de aquellas crestas sobre las que aún emergía la vecina y más antigua atalaya.

Ambos, atalaya y monasterio, hollaron el estratégico punto de conexión entre los dos pequeños valles cameranos y el gran valle del Ebro. Un mismo lugar que fue señalado de muy diferente forma por dos culturas que, de este modo, tomaron posesión de dos territorios muy distintos. Mientras que desde la modesta aunque exhibicionista atalaya los Banu Qasi minimizaron los efectos de las recurrentes algaradas de amigos y enemigos, desde la casi invisible comunidad monástica vecina se sembró el futuro de un reino que primero fue navarro y, poco después, castellano. Y todo ello, sobre los mismos bosques, los mismos ríos, cultivos, pastos, norias y caminos.

5. REFLEXIÓN FINAL

En las páginas que componen este artículo hemos pasado revista a muchos y muy diversos asuntos ligados al paisaje y a Cameros. El panorama presentado en la primera parte del artículo responde a la complejidad de los conflictos teóricos a los que se enfrenta la arqueología cuando intenta atender a los espacios pretéritos y lo hace a través de un concepto, el de paisaje, muy instalado en la terminología arqueológica pero plagado de contradicciones y segmentos conceptuales débiles. Su utilización y funcionalidad en las sociedades contemporáneas, tal como se puede comprobar en la simple observación de muchas situaciones actuales, y en el análisis de su genealogía como concepto, se concierta mal con las necesidades de los arqueólogos. Hemos propuesto que el paisaje es un arbitrio nacido en la ciudad y que la mirada sobre él, incluida la de los arqueólogos, no es otra que la mirada de los ciudadanos, de los urbanitas ajenos a su gestión cercana y a su experiencia diaria. La aspiración de la arqueología no debe establecerse en el intento de mirar los paisajes pretéritos a través de los ojos de los individuos que los vieron en el pasado, sino de entender la lógica espacial presente en un medio ambiente que debemos intentar conocer con toda la precisión posible.

La segunda parte se ha centrado en la evolución reciente del paisaje camerano, un objeto de estudio de historiadores y geógrafos que nos ponen en contacto a los arqueólogos con la realidad de la dinámica natural y con conceptos, muy básicos para el estudio histórico, referidos al tiempo y al espacio. Se analizan también los papeles que cumplen hoy los paisajes de Cameros y que, de un extremo a otro, van del “locus amoenus” al de oscura parábola de la degradación ecológica.

Finalmente, hemos propuesto las bases en las que, desde nuestro punto de vista, se debería asentar un estudio arqueológico de los paisajes cameranos, ejemplificados en tres momentos diferentes: el Paleolítico, el Neolítico y el Alto Medievo.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOLAT, D. (2011): “Existait-il un «beau paysage» chez les Romains?”, *Cahiers du CEIMA*, 7, pp. 91-101.
- ALDAY, A., MONTES, L. y VALDELLOU, V. (2012): “Cuenca del Ebro”, en Rojo, M., Garrido, R. y García, I. (Coords): *El neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Madrid: Cátedra, pp. 13-26.
- ALONSO, P. (2012): “Flanqueando el procesualismo y posprocesualismo: Arqueología, teoría de la complejidad y la filosofía de Gilles Deleuze”, *Complutum*, Vol. 23 (2), pp. 13-32.
- ANDRÉS, M.T. (1988): *Colectivismo funerario neo-eneolítico. Aproximación metodológica sobre datos de la cuenca alta y media del Ebro*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico. 260 p.

- (2000): "El espacio funerario dolménico: abandono y clausura". SALDUIE I, 2000, pp. 59-76.
- ANSCHUETZ, K. F., WILSHUSEN, R.H. y SCHIECK, C.L. (2001): "An Archaeology of Landscapes: Perspectives and Directions", *Journal of Archaeological Research*, Vol. 9, nº 2, pp. 152-197.
- AUGÉ, M. (1992): *Non lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*, Paris: Seuil. 150 pp.
- BARRIOS, I. (2004): *El yacimiento de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja). Una visión acerca del Neolítico y la Edad del Bronce en el área occidental del Sistema Ibérico*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos. Historia Arqueología, 15.
- (2005): "Los inicios del poblamiento neolítico en la provincia de La Rioja", *Veleia*, Vol. 22, pp. 51-76.
- BEAULIEU, T. (2012): *Place on the Plains: Conceptualizing a Landscape Approach to Archaeology*. Paper presented at the 70th Annual Plains Anthropological Conference, Saskatoon, Saskatchewan. Disponible en Web: <http://homepages.ucalgary.ca/~tgbeauli/Documents/Beaulieu%202012.pdf>. [Consulta: 18 de mayo de 2014].
- BERQUE, A. (2009a): *El pensamiento paisajero*, Biblioteca Nueva. 134 pp.
- (2009b): "A paisaxe como institución da realidade", en Díaz-Fierros, F. y López, F. (coords.): *Olladas críticas sobre a paisaxe*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, pp. 20-42.
- BETTINI, M. (2012): "Missing Cosmogonies: the Roman Case?", *Archiv für Religionsgeschichte*. Vol. 13, Issue 1, pp. 69-92.
- CALATRAVA, J. (1991): "Arquitectura y naturaleza: el mito de la cabaña primitiva en la teoría arquitectónica de la Ilustración", *Gazeta de antropología*, 8, artículo 09. Disponible en Web: <http://hdl.handle.net/10481/13663>[Consulta: 22 de mayo de 2014].
- CALVO, J.L (1977): *Los Cameros. De región homogénea a espacio-plan*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 298 pp.
- CARRIÓN, J.S. (Coord.) (2012): *Paleoflora y paleovegetación de la Península Ibérica e Islas Baleares: Plioceno-Cuaternario*, Murcia: MINECO/Universidad de Murcia.
- CARRUESO, J. (2012): "El concepto y las formas del paisaje en la Grecia antigua". Disponible en Web: *ANTIQUA*, *Jornadas sobre la antigüedad 26-29 de noviembre de 2012*.http://antiqua.gipuzkoakultura.net/word/concepto_y_formas_del_paisaje_en_la_grecia_antigua.docx. [Consulta: 26 de mayo de 2014].
- CLAVO, M. (2012): "Paisajes trágicos. Notas sobre la representación de la naturaleza en el espacio escénico e iconográfico". Disponible en Web: *AN-*

- TIQUA. *Jornadas sobre la antigüedad 26-29 de noviembre 2012*. <http://antiqua.gipuzkoakultura.net/pdf/paisajes-e-imagenes.pdf>. [Consulta: 26 de mayo de 2014].
- COVARRUBIAS, F., OSORIO, F. y CRUZ, M.G. (2012): “Los dos senderos de la episteme: conocimiento científico en la tradición de Platón y Aristóteles”, *Paradigmas*, Vol. 4, 1, pp. 41-66.
- CRIADO, F. (1993): “Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje”, *SPAL*, Vol. 2, pp. 9-55.
- (1999): “Del Terreno al Espacio: Planteamiento y perspectivas para la Arqueología del paisaje. *CAPA, Criterios y convenciones en Arqueología del Paisaje*, Vol. 6, pp.1-82.
- (2013 -2004-): *Arqueología del paisaje: las formas del espacio en la Galicia Antigua*. Disponible en web: <http://hdl.handle.net/10261/66142>. [Consulta: 12 de mayo de 2014].
- CRIADO, F. y VILLOCH, V. (1998): “La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalisismo de la sierra de Barbanza (Galicia)”, *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 44, 1, pp. 63-80.
- CROSGROVE, D. (2004): “Landscape and Landschaft”, *GHI Bulletin*, Vol. 35, pp. 57-71.
- DAUGSTAD, K., FERNÁNDEZ MIER, M. y PEÑA-CHOCARRO, L. (2014): “Landscapes of transhumance in Norway and Spain: Farmers’ practices, perceptions, and value orientations”, *Norsk Geografisk Tidsskrift–Norwegian Journal of Geography*, Vol. 68, pp. 248–258.
- DÍEZ MARTÍN, F. (2007): “La arqueología del paisaje en la investigación paleolítica”, *Arqueoweb* 9 (1). Disponible en web: <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/9-2/diezmartin.pdf>. [Consulta: 14 de mayo de 2014].
- ERREA, M. P., ARNÁEZ, J., ORTIGOSA, L., OSERÍN, M., RUIZ, P. y LASANTA, T. (2007): “Marginación y paisaje en una montaña submediterránea (1956-2001): El ejemplo de Camero Viejo (Sistema Ibérico, La Rioja)”, *Nimbus*, 19-20, pp. 53-71.
- ERREA, M.P. y LASANTA, T. (2013): . “La estructura del paisaje en Cameros Viejo en función de la escala de análisis”, *XXXIII Congreso de Geógrafos Españoles: Espacios insulares y de frontera, una visión geográfica*, pp. 535-544.
- FERNÁNDEZ, R. (1990): “Evolución de los bosques de La Rioja a partir del Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar (1845-1850), por Pascual Madoz”, *Berceo*, 118-119, pp. 63-74.
- (2001): “Evolución de los hayedos en las cuencas de los ríos Leza, Jubera y Cidacos entre los siglos XVIII y XX, a partir del Catastro de Ensenada,

- de las Relaciones de Tomás López, del Diccionario de Madoz y de la clasificación y el catálogo de los montes públicos”, *Zubía Extra*, Vol. 13, pp. 113-138.
- FINE, A. (2007): “Relativism, Pragmatism, and Science”, En Misak, Ch. (Ed.): *New Pragmatist*. Oxford: Oxford University Press, pp. 50-67.
- FLEMING, A. (2012): “The future of landscape archaeology”, en S.J. Klui-ving and E.B. Guttman-Bond (Eds.): *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam: Amsterdam University Press, pp. 461-470.
- GARCÍA DÍEZ, M. y ZAPATA, L. (2013): . *Métodos y Técnicas de Análisis y Estudio en Arqueología Prehistórica*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco UPV/EHU.
- GARCÍA MORENO, A. (2010): *Patrones de asentamiento y ocupación del territorio en el Cantábrico Oriental al final del Pleistoceno. Una aproximación mediante SIG*. Tesis doctoral. Universidad de Cantabria.
- GARCÍA MORENO, A y FANO, M.A. (2011): “Los sitios paleolíticos en su paisaje: La cueva de El Horno en el contexto de la cuenca del río Asón (Cantabria)”, *Zephyrus*, Vol. LXVII, pp. 15-26.
- GARCÍA-RUIZ, J.M. (2009): “Los Cameros, casi cuarenta años después: entre la integración y la marginación”, *Zubía*, Vol 27, pp. 159-176.
- GARCÍA TURZA, F.J. (1987): “El monasterio de san Prudencio de Monte Laturce (siglos X-XII). *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III. Hª Medieval*, T. II, pp. 137-160.
- (1992): *Documentación medieval del monasterio de san Prudencio de Monte Laturce, siglos X-XV*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- GIL-GARCÍA M.J, DORADO, M., VALDEOLMILLOS, A. y RUIZ M.B. (2002): “Late-glacial and Holocene paleoclimatic record from Sierra de Cebollera (northern Iberian range, Spain). *Quaternary International*, 93-94, pp. 13-18
- GIL-GARCÍA, M.J., LAS HERAS, T., NÚÑEZ, E. y MARTÍNEZ, J. (1996): “Acción humana sobre el medio natural en la sierra de Cameros a partir del análisis polínico”, *Zubía Monográfico*, Vol. 8, pp. 29-41.
- GIL ZUBILLAGA, L. (2001): Intervención arqueológica en el castillo de Clavijo. *Estrato. Revista riojana de arqueología*, Vol. 13, pp. 85-92.
- GÓMEZ, J.L. (1994): “La Rioja a comienzos de la Edad Moderna”, *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, Vol. 18, pp. 139-188.
- GONDAR, M. “Retruque: A paisaxe. Un concepto etnocéntrico”, en Díaz-Fierros, F. y López, F. (coords.): *Olladas críticas sobre a paisaxe*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, pp. 61-71.

- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2007): “Arqueología Simétrica: Un giro teórico sin revolución paradigmática”, *Complutum*, Vol. 18, pp. 283-285.
- (2012): “Hacia otra arqueología: diez propuestas”, *Complutum*, Vol. 23 (2), pp. 103-116.
- GURRÍA, P.A. y LÁZARO, M. (1998): “La emigración riojana a América durante la Restauración”, *Berceo*, Vol. 135, pp. 57-84.
- HALSTEAD, P. (2012): “Las transformaciones económicas del Neolítico en Europa” en Rojo, M., Garrido, R. y García, I. (Coords.): *El neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*, Madrid: Cátedra, pp. 27-40.
- HEGMON, M. (2003): “Egos Aside: Issues and Theory in North American Archaeology”, *American Antiquity*, Vol. 68, 2, pp. 213-243.
- HOWARD, P. (2013): . “Perceptual lenses “, En Howard, P., Thompson, I. y Waterton, E. (Eds.): *The Routledge Companion to Landscape Studies*, pp. 43-53.
- LASANTA, T. (2010): “Evolución regional y dinámica del paisaje en La Rioja (1950-2010) “, *Zubía*, Vol. 28, pp. 49-88.
- LASANTA, T. y ARNÁEZ, J. (1999): “Crisis demográfica, implicaciones en el uso del suelo, y sostenibilidad en el Camero Viejo Sistema Ibérico, La Rioja, España “, *Berceo*, Vol. 137, pp. 113-127.
- LASANTA, T., ARNÁEZ, J., RUIZ, P. y LANA-RENAULT, N. (2013): “Los bancales en las montañas españolas: un paisaje abandonado y un recurso potencial “, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, Vol. 63, pp. 301-322.
- LASANTA, T. y ERREA, M.P. 2001: *Despoblación y marginación en la sierra riojana*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos. 181 pp.
- LASANTA, T. y GARCÍA-RUIZ, J.M. 1994: “Los Cameros “, En GARCÍA-RUIZ, J.M. y ARNÁEZ, J. (Eds.): *Geografía de La Rioja*. Logroño: Caja Rioja, T. 3, pp.145-191.
- LASANTA, T. y ORTIGOSA, L.M. (1992): “Estrategias recientes en el aprovechamiento de áreas montañosas marginales: repercusiones económicas y ecológicas en Cameros Viejo (Sistema Ibérico) “, *Eria*, 1992, pp. 21-31.
- LASANTA, T., VICENTE, M.S. y ARNÁEZ, J. (2011): “La revegetación en las montañas españolas ¿dejar hacer o intervenir en el territorio?” *Geographica*, 59-60. pp.199-211.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1987): “Estudio polínico del yacimiento de Peña Miel “, En P. Utrilla, [ed.]: *La cueva de Peña Miel. Nieva de Cameros, La Rioja*. Madrid: Excavaciones Arqueológicas en España, 154, pp. 149-151.
- LÓPEZ-RUIZ, C. (2012): “How to Start a Cosmogony: on the Poetics of Beginnings in Greece and the Near East“, *Journal of Ancient Near Eastern Religions*, Vol. 12, pp. 30-48.

- LÓPEZ SILVESTRE, F. (2009): "Cara a unha teoría integral da paisaxe". En Díaz-Fierros, F. y López, F. (coords.): *Olladas críticas sobre a paisaxe*. Santiago de Compostela: Consello da Cultura Galega, pp. 95-104.
- LÓPEZ DE CALLE, C. (1993): *Los sepulcros megalíticos de Cameros (La Rioja)*. Tesis doctoral. Universidad de Zaragoza.
- (2002): "Huesos quemados, hogares y sepulcros incendiados. El fuego en los sepulcros monumentales de Cameros". En Kunst, M. y Rojo, M.A.: *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 233-252.
- LÓPEZ DE CALLE, C. e ILARRAZA, J.A. (1997): "Condenaciones y remodelaciones: una respuesta a las estratigrafías de los sepulcros megalíticos de Cameros", en Bueno Ramírez, P. y de Balbín, R. (Coord.): *II Congreso de Arqueología Peninsular. Zamora*. Zamora: Fundación Rei Alfonso Henríques, Vol. II, pp. 309-322.
- LÓPEZ DE CALLE, C., IRIARTE, M.J. y ZAPATA, L. (2001): "Análisis paleoambientales en el dolmen de Collado del Mallo (Trevijano, La Rioja). Viabilidad y trabas de la paleoecología vegetal en estructuras dolménicas". *Zubía Extra*, Vol. 13, pp. 65-96.
- LÓPEZ DE CALLE, C. y PÉREZ, C.L. (1995): "Fechas de radiocarbono y fases de ocupación en los sepulcros megalíticos de Cameros (La Rioja)". *Isturiz. Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología*, Vol. 6, pp. 343-360.
- MADERUELO, J. (2002): "Paisaje y villa en la Toscana". *MATERIA 2*, Naturales, 2002, pp. 59-74.
- (2006): *El paisaje: génesis de un concepto*. Madrid: Abada. 341pp.
- MALDONADO, C.E. (2009): "El problema y el reto de la interpretación en ciencia: David Bohm y la física cuántica". En Giraldo, J. [ed] *Unos cuantos para todo*, Bogotá: Bunaima, pp. 339-356.
- MARTÍN, I. (2012): "Enterramientos, memoria social y paisaje en la Alta Edad Media: propuestas para un análisis de las tumbas excavadas en roca en el centro-oeste de la Península Ibérica". *Zephyrus*, Vol. LXIX, pp. 165-187.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (2006): "Los componentes geográficos del paisaje". En Marchán, S. y Maderuelo J. (Coord.): *Paisaje y pensamiento*. Madrid: Abada, pp. 131-144.
- MILANI, R. (2006): "Estética del paisaje: formas, cánones, intencionalidad." En Marchán, S. y Maderuelo J. [Coord.] *Paisaje y pensamiento*. Madrid: Abada, pp. 55-82.
- MORENO, J.R. 1996: "La ganadería trashumante en La Rioja 1752-1865. Una revisión bibliográfica y cuantitativa". *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, Vol. 20, pp. 277-302.

- (1998): "La propiedad de la tierra en la montaña riojana a mediados del siglo XVIII". *Brocar: Cuadernos de investigación histórica*, Vol. 21, pp. 199-226.
- MOURE, G. (1999): "Richard Long: el paisaje recuperado". En Moure, G. (ed): *Richard Long: Spanish Stones*. Barcelona: Polígrafa, pp. 11-35.
- MOYA, J.G., RUIZ, J. y ARRÚE, B. (1992): *Castillos y fortalezas de La Rioja*. Logroño: Caja Rioja. 305 pp.
- MUÑOZ, A. y SANCHO, C. (2008): "Monitorización climática de las cuevas de Ortigosa de Cameros (La Rioja): aplicación a la interpretación del registro climático de los espeleotemas holocenos". *Zubía Monográfico*, Vol. 20, pp. 21-36.
- NARVARTE, N. (2005): *Gestión funeraria dolménica en la cuenca alta y media del valle del Ebro. Fases de ocupación y clausuras*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos. Historia Arqueología, Vol. 16. 440. pp.
- OREJAS, A. (1991): "Arqueología del paisaje: Historia, problemas y perspectivas". *Archivo Español de Arqueología*, Vol. 64, pp. 191-230.
- OREJAS, A. MATTINGLY, D. y CLAVEL- LÉVÊQUE, M. (2009): "Landscapes in European History. Some thoughts from the COST A27 experience". En Orejas, A. Mattingly, D. y Clavel- Lévêque, M. (eds.): *From present to past through landscape*. Madrid: CSIC, pp. 21-42.
- OREJAS, A., RUIZ DEL ÁRBOL, M. y LÓPEZ O. (2002): "Los registros del paisaje". *Archivo Español de Arqueología*, Vol. 75, pp. 287-311.
- ORTEGA, N. (2006): "Entre la explicación y la comprensión: el concepto de paisaje en la geografía moderna". En Marchán, S. y Maderuelo J. (Coord.): *Paisaje y pensamiento*. Madrid: Abada, pp. 107-130.
- (2010): "El lugar del paisaje en la geografía moderna." *Estudios geográficos*, Vol. 71, 269, pp. 367-393
- OSERÍN, M. (2007): *Cambios en la gestión del territorio de una montaña media Mediterránea y sus impactos medioambientales. Hacia un nuevo paisaje (altos valles del Iregua, Leza, Cidacos y Linares, Sistema Ibérico noroccidental)*. Tesis Doctoral. Departamento de Geografía y Ordenación del Territorio, Universidad de Zaragoza.
- PÉREZ, C.L. y LÓPEZ DE CALLE, C. (1988): "Excavaciones en la zona megalítica de Viguera (La Rioja). Collado Palomero I. Campañas de 1986 y 1987". *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, Vol. 14, pp. 31-52.
- POLKINGHORNE, J. (2014): "Quantum mechanics and the nature of physical reality". *Euresis*, Vol. 6, pp. 85-89.
- QUIRÓS, J.A. (2007): "Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad Media del norte peninsular". *Territorio Sociedad y Poder*, Vol. 2, pp. 65-86.

- 2011 (Coord.). *Vasconia en la Alta Edad Media, 450-1000: poderes y comunidades rurales en el norte de la Península*. Bilbao: Universidad del País Vasco. Servicio de publicaciones.
- 2012 (Coord.). *Arqueología del campesinado medieval: la aldea de Zaballa*. Bilbao: Universidad del País Vasco. Servicio de publicaciones.
- (2013): (Coord.). *El poblamiento rural de época visigoda en Hispania: arqueología del campesinado en el interior peninsular*. Bilbao: Universidad del País Vasco. Servicio de publicaciones.
- QUIRÓS, J.A. y TEJADO, J.M. (2013): (Coord.). *Los castillos altomedievales en el noroeste de la Península Ibérica*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- REINOSO, P.P. (2011): "Transformaciones en la relación epistemológica del sujeto con la realidad". *Pensar. Epistemología y Ciencias Sociales*, Vol. 6, pp. 107-126.
- ROGER, A. (2008): "Vida y Muerte de los paisajes. Valores estéticos, valores ecológicos". En Joan Nogué (coord.): *El paisaje en la cultura contemporánea*, Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 67-86.
- RUIZ, P., ERREA, M.P., ARNÁEZ, J., OSERÍN, M. y LASANTA T. (2010): "El paisaje del alto valle del Iregua en los últimos 50 años. Evolución y estructura". *Zubía*, Vol. 28, pp.31-48.
- RUIZ NAVARRO, J. (1990): "El castillo de Clavijo". *Brocar. Cuadernos de Investigación Histórica*, Vol. 16, pp. 51-60.
- SABRÁS, J. (2006): "Castillo de Clavijo". En Pascual, J.M. (dir.): *Castillos de La Rioja. Base documental para su plan de protección*. Logroño, pp. 253-267.
- SAZ, M.A. y CREUS, J. (2001): "El clima de La Rioja desde el siglo XV. Reconstrucciones dendroclimáticas del observatorio de Haro". *Zubía*, Monográfico, vol. 13, pp. 41-64.
- (2008): "El cambio climático en La Rioja: evolución reciente de la temperatura media anual en Haro en el contexto de los últimos 600 años". *Zubía*, Extra Vol. 20, pp. 37-60
- SKEWES, J.C., GUERRA, D. ROJAS, O. y MELLADO, M.A. (2011): ¿La memoria de los paisajes o los paisajes de la memoria? Los enigmas de la sustentabilidad socioambiental en las geografías en disputa. *Desarrollo y Medio Ambiente*, Vol. 23, pp. 39-57.
- SPENCER, D. (2010): *Roman Landscape: Culture and Identity*. Greece & Rome. New Surveys In The Classics, 39. Cambridge: Cambridge University Press. 221 pp.
- TEJADO, J.M. (2010): *Arqueología y gestión del territorio en el alto Valle del Iregua: El castro de "El Castillo de los Monjes (Lumbreras, La Rioja)*. Tesis doctoral. Universidad de La Rioja (2010).

- TELÍAS, E. (2012): "Paisaje, territorio interdisciplinar". *Cátedra de Artes*, Vol. 11, pp. 46-62.
- TÉLLEZ, D. (2011): El monasterio de San Prudencio de Monte Laturce, *Belezos, Revista de cultura popular y tradiciones de La Rioja*, Vol. 15, pp. 22-27.
- TILLEY, C. (1994): *A phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Berg. 221 p.
- (2008): *Body and image: explorations in landscape phenomenology 2*. Walnut Creek: Left Coast Press. 288 pp.
- TISCHER G. (1966): "Über die Wealden-Ablagerung und die Tektonik der östlichen Sierra de los Cameros in den nordwestlichen Iberischen Ketten (Spanien)". *Beibefte zum Geologischen Jahrbuch*, Vol. 44, pp. 123-164.
- URQUIJO, P.S. y BARRERA, N. (2009): "Historia y paisaje. Explorando un concepto geográfico monista". *Andamios*, 5, número 10, pp. 227-252.
- UTRILLA, M.P. (1987): *La cueva de Peña Miel, Nieva de Cameros, La Rioja*. Madrid: Excavaciones Arqueológicas en España, Vol. 154. 116 p.
- VALLE, J.M. et al. (2012): "*Intensive Program ERASMUS: TOPCART. Geometric Documentation of the Heritage (report of activities 2010-2011)*". Disponible en web: https://addi.ehu.es/bitstream/10810/7053/1053/ld-gp_mem011-1_Clavijo_SanPrudencio.pdf, <https://addi.ehu.es/handle/>. [Consulta: 22 de mayo de 2014].
- VERHAGEN, P. (2012): "Biting off more than we can chew? The current and future role of digital techniques in landscape archaeology", en S.J. Kluiwing and E.B. Guttmann-Bond (Eds.): *Landscape Archaeology between Art and Science. From a Multi- to an Interdisciplinary Approach*. Amsterdam University Press, pp. 309-320.
- WARD, C. (2013): "Landscape perception and environmental psychology", en Howard, P., Thompson, I. y Waterton, E. (Eds.): *The Routledge Companion to Landscape Studies*, pp. 25-42.
- WATTCHOW, B. (2013): "Landscape and a sense of place: a creative tension", en Howard, P., Thompson, I. y Waterton, E. (Eds.): *The Routledge Companion to Landscape Studies*, pp. 87-98.
- WITTHLE, A. (2012): "El Neolítico en Europa: cuestión de escala y tiempo", en Rojo, M., GARRIDO, R. y GARCÍA, I. (Coords): *El neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*, pp. 13-26.
- WITTGENSTEIN, L. (2001): *Investigaciones filosóficas*. Crítica/Filosofía. 552 p.

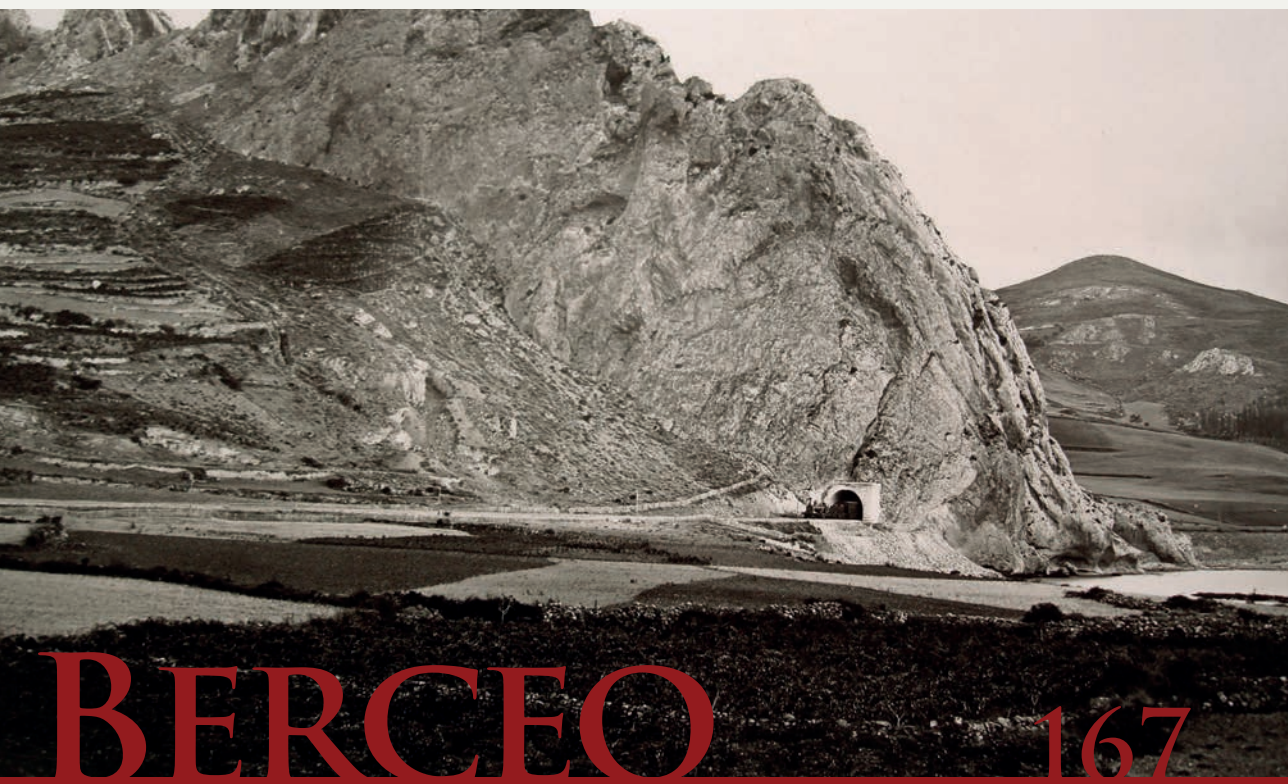
Si quiere comprar este libro, puede hacerlo directamente a través de la Librería del Instituto de Estudios Riojanos, a través de su librero habitual, o cumplimentando el formulario de pedidos que encontrará en la página web del IER y que le facilitamos en el siguiente enlace:

Formulario de pedido

Gobierno de La Rioja
www.larioja.org



**Instituto
de Estudios
Riojanos**



BERCEO 167



Gobierno de La Rioja
www.larioja.org



**Instituto
de Estudios
Riojanos**